

REVISTA EUROPEA.

Núm. 149

DE DICIEMBRE DE 1876.

AÑO III.



UNA NUEVA FORMA DEL CRISTIANISMO.

M. ARNOLD.

III.

Habría interés en criticar, bajo este punto de vista, su atrevida tentativa. Si la tesis de M. de Hartmann descansa sobre una idea filosófica definida que se pueda rechazar, pero cuyo valor nadie puede disimular, ¿qué debe pensarse de una religion que excluye de su esfera de acción las investigaciones metafísicas? ¿Puede suponerse, en una palabra, la existencia de una religion que se limita á una afirmación primera de la ley ó de la potencia moral, y rehusa precisar el carácter y la naturaleza de su potencia? No lo creo. Si es en realidad imposible al individuo prescindir de ideas generales, mucho más lo es para un grupo, para una sociedad constituida. Quiero suponer por un momento una Iglesia establecida sobre la base que propone M. Arnold: una de las primeras necesidades que experimentan los auditores ilustrados y que los sacerdotes de ese nuevo culto, ya sean predicadores, pastores ó lo que se quiera, habrán de satisfacer, será inquirir si el postulado del sentimiento religioso se encuentra de acuerdo con los datos de la ciencia, con el sistema del mundo, tal como lo comprendemos. En caso de conflicto, será preciso sacrificar lo uno á lo otro. M. Arnold sostiene que la existencia de una «potencia que tiende á la justicia» es una realidad tan palpable como el calor del fuego y la luz del sol; esta realidad tiene, pues, su lugar en el conjunto de las cosas. Es un hecho de experiencia, y este hecho de experiencia debe colocarse en la serie de hechos que son objeto de la experimentación humana. Por esto se encuentran desde luego batidos en brecha dos grandes sistemas filosóficos, el materialismo primero y el positivismo después; aquel niega la existencia de las entidades morales exteriores al hombre, y el segundo destierra del campo de la experiencia un hecho como el que presenta M. Arnold y le trata hasta de hipótesis. Yo concedería al teólogo inglés que la demostración de la verdad de una religion debe hacerse por un llamamiento á la experiencia personal, á la impresión sentida por la conciencia individual, pero no puedo suponer un

hombre dotado de tan poca curiosidad científica que se atenga á esta única experiencia, estableciendo una especie de barrera imaginaria entre el sentimiento y la inteligencia, y prohibiéndose á sí mismo el preguntarse si su religion está en contradicción ó en armonía con el estudio libre é inteligente de los fenómenos que presenta el universo.

Más bien ha lugar á investigar cómo M. Arnold ha podido llegar á la singular idea de una religion que prescinde de la metafísica. La única contestación satisfactoria estaría en la adopción del escepticismo; pero el escritor inglés no es nada menos que un adepto del pirronismo. El desdén que manifiesta á la teología no es en él el resultado de sus decepciones metafísicas. En el fondo no reclama más que una cosa: que se deje de poner el dogma *delante* del sentimiento religioso; pero yo sostengo que es imposible á una sociedad religiosa cimentarse sobre el sentimiento solo, sin justificar, al menos consigo misma, su creencia ante la razón; yo sostengo que los que hayan adoptado el neocristianismo de M. Arnold no estarán satisfechos mientras no reciban la seguridad de que este dato primero no es incompatible con los resultados de la información filosófica (1). El valor filosófico del nuevo sistema me parece, pues, muy débil, y es singular que M. Arnold no haya notado la objeción. Porque, en fin, esta metafísica, esta dogmática que persigue con sus sarcasmos,—con justa razón en muchos casos,—¿ha sido inventada por malicia, por malevolencia, y M. Arnold ha sido el primero en descubrir su inutilidad y su peligro; inutilidad cuando viene después del sentimiento religioso, peligro cuando pretende adelantarse? Parécenos que el escritor inglés ha juzgado con la misma superficialidad que juzgaban sus compatriotas hace un siglo al cristianismo. El cristianismo, fruto de la impostura y de un hábil cálculo de los curas, es una teoría que no se puede sostener, dice M. Arnold; pero ¿no es lo mismo el cristianismo, aun despojado de todo desenvolvimiento dogmático? Las diferentes sectas, se dirá, disputan sobre el dogma, pero están de acuerdo sobre la moral. Conclusión: suprimamos el dogma y quedará una moral común á todos. En verdad que no es esto muy complicado. Es

(1) Pueden considerarse como una respuesta las palabras siguientes: «Dejemos el infinito á la imaginación y al trabajo lento y gradual de las generaciones sucesivas, que buscarán lentamente ese infinito y le profundizarán más y más.»

* Véase el número anterior, página 810.

raro que nadie haya descubierto más pronto este procedimiento, y es singular que ninguna de esas numerosas sectas que ha ocasionado la reforma del siglo XVI haya notado que podía pasarse sin teología (1).

M. Arnold ha tenido la rara, la insigne buena fortuna de descubrir el manual de la religion pura y sin mancha en uno de los volúmenes de su biblioteca, y por una maravillosa casualidad encuentra que ese volumen es precisamente el objeto de un respeto supersticioso por parte de sus compatriotas, que le adoran sin cuidarse de profundizar demasiado su contenido. Para llamar las cosas por sus nombres, M. Arnold, inglés de carácter y de tendencia hasta la médula de los huesos, es decir, dotado de perseverancia y de inteligencia, y penetrado de la necesidad de un guía que asegure al individuo la direccion moral, ha reflexionado que bastaría desembarazar el cristianismo de sus compatriotas de ciertos elementos, para dejarlos en posesion de un excelente tratado de moral. Abriendo ese libro que había alimentado su infancia y cuyos dogmatismos le habían alejado, sin duda por su pedantería, ha descubierto la fuente de todas las ideas morales que dirigian su conducta, y eso por la magnífica razon de que las ideas morales que constituyen en Inglaterra el fondo de la educacion están tomadas de la Biblia. Maravillado de su hallazgo, lo proclama *urbi et orbe* con un candor de que no podrán menos de sonreirse algunos. ¡Que no se ha limitado á decir que conviene leer la Biblia despojándola del traje dogmático de que se la reviste desgraciadamente, y que ese libro, transmitido hace tantos siglos, puede quedar siendo para los espíritus más libres, si lo leen con inteligencia, la enseñanza más elevada y más eficaz para la conducta del alma y de la vida!—Pero de esto es de lo que se trata. La religion, tal como la enseña M. Arnold, es la misma religion de la Biblia, y la Biblia no ha sido nunca enseñada de otra manera. Hé aquí una cuestion de historia sobre la cual no se puede menos de llegar á una solucion. Admitamos por un momento que sea viable la religion nueva; veamos si ese neo-cristianismo es un resumen fiel de la enseñanza bíblica.

IV.

Habría mucho que decir sobre la exegesis de M. Arnold. Su interpretacion del nombre divino entre los hebreos, Jehová, nos parece muy dudosa. Afirma que esta palabra existe para la traduccion de *eterno*, la cual califica admirablemente la naturaleza de esta *potencia* sin variacion, sin cambio, inflexible en su tendencia, que quiere la justicia; atribuye á Abraham un sentimiento muy exacto de la verda-

(1) La admision de la *potencia infinita* ¿no es ya de la dogmática, no es la primera piedra de una construccion filosófica?

dera religion. Tenemos el derecho de abandonar estos resultados de detalle para atenernos á la tesis principal invocada por el autor: el Antiguo Testamento. Por todas partes en que la critica nos autoriza á buscar el verdadero pensamiento del judaismo, se resume en la idea de justicia que une á la dicha, justicia querida por una potencia eterna que está fuera de nosotros. Concedemos que la idea de justicia, tendiendo á la dicha, está puesta en relieve por el judaismo con una fuerza particular; pero es necesario observar que esta justicia es inseparable de una remuneracion material en esta vida, y que aparece muy raramente distinguida de un privilegio conferido á la nacion judía, pueblo elegido por Jehová, amado por él con exclusion de otras naciones y objeto de sus favores cuando no se manifiesta trasgresor de la ley divina. Pretender que la personificacion de la *potencia divina*, tal como se encuentra en todas las páginas de la Biblia, es una simple manera de hablar, hace pensar en verdad en los procedimientos de fantasía de la escuela que combate M. Arnold.

Recordemos aquí que, segun las investigaciones más recientes de la mitología comparada, el origen de las creencias religiosas de Israel debe buscarse en la mitología del grupo de que forma parte la nacion judía. Vemos un parentesco real con la religion de los pueblos vecinos, al mismo tiempo que diferencias que han debido señalarse temprano y han llegado á poner absolutamente aparte la religion de los descendientes de Abraham. La nocion de la divinidad parece haberse desprendido muy pronto del dualismo macho y hembra para tomar un carácter moral muy pronunciado. Jehová (ó Iahvé), sin buscar la etimología de este nombre, es positivamente el dios propio del pueblo hebreo, que lo protege, lo mismo que Camos protege á los Moabitas, y le asegura la prosperidad material como el triunfo sobre sus temidos vecinos. Esta idea, todavía poco religiosa, segun el sentido místico que damos á esta palabra, reviste entre los profetas un carácter de los más levantados. Sin renunciar á las esperanzas generales unidas á la proteccion divina y á la perspectiva de un glorioso porvenir para la nacion, el valor moral del individuo adquiere un lugar más y más grande. Iahvé pide á los miembros de su pueblo la bondad, la caridad, la justicia, y une á esto siempre recompensas materiales. El individuo, como el pueblo, recibirá un premio inmediato y sensible de su fidelidad. Para encontrar una vena más mística, es preciso descender á los últimos profetas y á los salmos. Pero pretender, como hace M. Arnold, que el desenvolvimiento de la idea mesiánica está en contradiccion con el pensamiento íntimo del judaismo, es rechazar los resultados más ciertos de una sana exegesis.

Todo lo que se puede conceder á M. Arnold, bajo el punto de vista de una crítica formal de los documentos bíblicos, es que la idea de justicia que conduce á la dicha está presentada en el Antiguo Testamento con una gran fuerza y puede resumir el fondo de su enseñanza moral; pero esta justicia es inseparable de una personalidad divina que ha dictado la ley moral y vigila rigurosamente su aplicación en los destinos de la nación más bien que en los del individuo. En la manera con que el escritor inglés presenta el resultado de su estudio, hay una especie de fantasmagoría.

Esto es mucho más aparente cuando pasamos al Nuevo Testamento y á la enseñanza de Jesus. Sin duda la idea de la justicia, de la ley moral, ocupa en él un lugar extraordinario; pero esta ley moral es la obra de una personalidad divina muy claramente revelada; sin duda la idea de rectitud, de conducta moral, se encuentra en grandísimo relieve; pero ¿dónde está expuesta esta idea bajo la forma que le presta M. Arnold? ¿dónde descubrir esa potencia moral anónima que quiere la justicia? El escritor inglés responderá que es preciso leer entre las líneas y que nada nos obliga á creer que Jesus atribuyese alguna importancia á la idea de un Dios personal, sino al contrario. ¡Quiere decir que Jesus se expresa sobre la ley moral que predica y cuyo *método y secreto* ha dado á los hombres, como se ha visto más arriba, de tal manera que se pueda, sin idea concreta de la personalidad de Dios, sacar provecho de la mayor parte de sus enseñanzas! Pero evidentemente pretende otra cosa, y nos es absolutamente imposible seguirle en ese terreno.

M. Arnold se habría convencido de su error si hubiera querido darse cuenta exacta de la noción del *reino de Dios* en Jesus. Habría visto que es imposible comprender la palabra del fundador del cristianismo si no se posee una fe, no ménos firme que los profetas, en un Dios personal que tiene los destinos de Israel en su mano, y no en una *potencia moral que prescribe la justicia* á todo hombre, fuera de las condiciones de tiempo, de lugar y de nacionalidad. En lo que concierne al nombre de Dios en boca de Jesus, creemos que no se tiene el derecho, cuando una palabra ofrece un sentido preciso y determinado en la lengua de un pueblo y de una generación, de pretender, en ausencia de textos perentorios y categóricos, que esa palabra tiene un sentido distinto en la boca de un hombre de esta generación, la cual tiene sin cesar esas palabras en los labios y no la explica nunca á sus conciudadanos. La misma observación debe hacerse respecto de la palabra *reino de Dios*.

En todas partes en que esa palabra parece implicar algo más de lo que desea M. Arnold, éste ve la obra de los discípulos de Jesus, incapaces de

comprender desde luego á su maestro. Se ha abusado de tal manera de este procedimiento hace cuarenta años, que se tiene el derecho de ser exigente con los que preconizan nuevos resultados. M. Arnold separa los textos, numerosos y decisivos en mi concepto, que dan al *reinado de Dios* una significación positivamente mesiánica, la de una revolución sobrenatural y próxima que debe transformar el mundo por medio de esas palabras (susceptibles de más de una interpretación) que sólo el tercer evangelio nos revela: «El reinado de Dios está dentro de vosotros.» (Lúcas, XVIII, 21.)—«Semejante interpretación, dice Arnold, debe pasar por interpretación de Jesus (aun cuando no se la encuentre más que una vez), mejor que las interpretaciones materiales ordinarias, aunque estas se hallen veinte veces repetidas, porque aquella es completamente extraña á las concepciones de los discípulos, que habrían sido incapaces de inventarla.» Es decir, que cuando un texto dudoso sale al encuentro de una doctrina que se apoya en veinte declaraciones categóricas, se suprimirán estas últimas para dejar el campo libre al primero. Decimos *texto dudoso*, porque se puede perfectamente sacar esta declaración de los signos precursores del reinado y de la presencia de Dios que presagia su próxima inauguración.

M. Arnold seguía en este punto un ejemplo que desgraciadamente le han dado críticos muy autorizados, los cuales han aplicado á las palabras de Jesus procedimientos de espiritualización inadmisibles. Por nuestra parte, creemos necesario ir contra esa tendencia que, según el punto de vista religioso en que se encuentra el historiador, hace de Jesus, ya un católico, ya un racionalista, ya un estrecho sectario. Necesitábase para esto abordar el estudio de las enseñanzas evangélicas bajo el punto de vista del tiempo, y plantear con la mayor sinceridad esta pregunta: ¿Qué debía, qué podía significar tal palabra de Jesus á la inteligencia de sus contemporáneos? Por ejemplo, cuando envía á sus discípulos á *anunciar la próxima aparición del reinado de Dios*, ¿qué significa esta proclamación, ya á los ojos de esos mensajeros, gentes sencillas y sin cultura, ya á los de las poblaciones? ¿Significaba quizá: *La potencia moral infinita que tiende á la justicia* va á establecer poco á poco su reinado, es decir, el reinado de la justicia, de la vida moral y religiosa, en los corazones por mi medio, Jesus de Nazareth, que traigo el secreto y el método de la conducta moral, por mí en quien el pensamiento religioso ha encontrado un órgano definitivo y una potencia irresistible?—No; en boca de los mensajeros de Jesus y á los oídos de los oyentes, la palabra *reinado de Dios* significaba sólo una cosa, cosa muy clara, dadas las preocupaciones de los tiempos: La era mesiánica

va á empezar en seguida.—Cuando Jesus dice á su vez: «El reinado de Dios se aproxima,»—no quiere decir otra cosa, y cree ver en el horizonte la venida del reino divino, la revolucion tras la cual suspira como sus contemporáneos, pero que se figura con colores mucho más religiosos, como la recompensa de los que no han dudado en sacrificarse por la causa de la justicia y del deber. M. Arnold ha cometido en lo relativo á la doctrina de Jesus la misma confusion que respecto al Antiguo Testamento; ha expuesto con mucha elevacion y sentimiento la idea religiosa, pero la ha falseado arrancándola violentamente del cuadro que permite fijar su alcance. Sí; Jesus ha expresado con una fuerza incomparable las ideas morales y religiosas que son el alimento de la vida superior del hombre; pero ellas se encuentran intimamente ligadas á la creencia en una persona divina y en una próxima revolucion que asegurará á las almas dóciles la dicha que han merecido. A esta idea del reinado mesiánico y de la personalidad divina, no se podría sustituir sin violencia *la potencia moral que tiende á la justicia*, aunque sea exacto decir que el Dios de Jesus quiere ante todo la *justicia*, y que el reino que va á fundar por su intervencion milagrosa será el reino de la *justicia*.

V.

No es necesario llevar más lejos esta crítica. Si el valor filosófico de la teoría religiosa de M. Arnold nos ha parecido débil, porque no podemos concebir esa separacion absoluta entre las necesidades de la vida práctica y las de la inteligencia, y se necesita que los hombres, un poco difíciles consigo mismos, lleguen á un acuerdo de la religion con la filosofía, ó á un desacuerdo y ruptura, esta tésis no puede absolutamente sostenerse ante el exámen de los hechos: la Biblia contiene muchas cosas próximas á la idea religiosa del reformador inglés, pero no es fundado decir que su concepcion y la de la Biblia sean una misma cosa. Por esto fracasa el único argumento, argumento que sería grave si fuera fundado, que pudo presentar en favor de su idea religiosa desnuda. Acercándose á la fórmula á la cual le ha convenido relacionar la religion, el historiador debe declarar que esa fórmula se presenta, en la historia de Israel, apoyada en un dogma definido, que el patronato acordado por la divinidad á su pueblo, en el nacimiento del cristianismo, está íntimamente unido á la idea mesiánica. Al lado de la religion, la teología que le sirve de vehículo. ¿Cómo no le ha llamado la atencion á M. Arnold el hecho de que el cristianismo sería una simple secta del judaismo, quizá ménos todavia, si no hubiera encontrado en la idea mesiánica un punto de apoyo, descansando á su vez directamente en la fe *teológica* de sus con-

temporáneos? ¿Cómo se aventura á hablar de una invasion de las supersticiones en el seno del cristianismo naciente, cuando esas supersticiones consisten precisamente en el ingenioso y perseverante trabajo por el cual la fe nueva llega á justificarse ante el mundo antiguo, asimilándose los principios de la filosofía de los tiempos? Presentar el dogma de los primeros siglos como una superfetacion de los elementos constitutivos del cristianismo, es demostrar una rara inteligencia de los medios por los cuales la religion de los discípulos de Jesus podía conquistar el imperio greco-romano; por su desenvolvimiento metafísico, resumido de las tendencias filosóficas de la época, ha llegado á ser el cristianismo una religion capaz de vivir. La polémica racionalista le censura esta amplitud dogmática con tan poco fundamento como los sectarios protestantes deploran la organizacion eclesiástica, cuyos principales rasgos estaban ya fijados en el siglo III. Segun unos, el cristianismo hubiera debido permanecer como simple moral religiosa; segun otros, la Iglesia no habría debido nunca conocer más que congregaciones independientes, administrándose libremente y de un modo igualitario, como ellos pretenden, sin saber que así se practicaba en la Iglesia primitiva. No hay más que un defecto en esas teorías histórico-filosóficas: que suprimen todo desenvolvimiento histórico y filosófico digno de este nombre:

Sentimos que un hombre tan libre de prejuicios y tan felizmente dotado como M. Arnold, se haya dejado ir hasta el extremo de incurrir en la exageracion contraria al dogmatismo estrecho, hácia el cual no tenemos más simpatías que él. La interpretacion de la Biblia que dan los teólogos es falsa, dice.—La vuestra, añadimos nosotros, lo es también. Ellos han torturado los textos para introducir una dogmática cuya herencia han aceptado ciegamente, pero cuyos gérmenes se encuentran en la Biblia; ellos han trasformado desafortunadamente una filiacion larga y complicada en una simple identidad; han caído en error. Vos habeis buscado á qué fórmula podía relacionarse la idea religiosa en la masa de vuestros compatriotas. En posesion de esta fórmula,—fruto de una educacion bíblica, lo cual habeis olvidado observar,—habeis visto que estaba en estrecha afinidad con la Biblia, y habeis deducido que la Biblia no es otra cosa que la exposicion diversificada, segun los tiempos y los hombres, de esta fórmula; igualmente habeis caído en error. Necesitábase decir que conviene en adelante leer la Biblia sin los lentes engañosos de los dogmatistas y con el mismo cuidado de la inteligencia histórica de las cosas que aplicamos á cualquier otro texto, y que leyéndola así se la encontraba penetrada de un soplo moral y religioso que da satisfaccion en

gran escala á las necesidades de la generacion contemporánea. En este sentido; y no en otro, podríamos comprender una declaracion tal como esta: «Admitiendo la interpretacion que proponemos aquí, establecemos la Biblia sobre un fundamento mucho más sólido, sobre un fundamento inquebrantable, y sin temor alguno podemos proponer al mundo esta interpretacion.» Pero cualquiera que lea la obra de M. Arnold, verá que atenuar su tesis es destruirla.

Consideramos el libro de M. Matthew Arnold como una de las manifestaciones más notables del pensamiento religioso contemporáneo. Es la obra de un espíritu libre y atrevido, emancipado de ese miedo enfermizo que retrae á tantos escritores y les impide comunicar al público el resultado de sus estudios. ¡Quién sabe, por otra parte, si esa falta de espíritu filosófico que sorprende al lector, esa absoluta carencia del escepticismo razonable que debe haber en la exposicion de una solucion nueva de la cuestion religiosa, esa serena é imperturbable confianza en los resultados de su investigacion; quién sabe si todo eso constituye los medios por los cuales llegaron al público inglés y arraigaran tantas cosas finas y excelentes como contiene el libro! Como obra *inglesa*, el libro de M. Arnold debe ser juzgado de otro modo que como obra *humana*: en todas sus páginas hay una investigacion, una especie de ansiedad de un resultado *práctico* que han contribuido sin duda alguna á formar el éxito del libro y á asegurarle una merecida influencia.

MAURICIO VERNES.

(*Revue Scientifique*).

ELOGIO

DE

DON JUAN NICASIO GALLEGO.*

Notable, entre los caracteres más nobles y simpáticos que enaltecen á nuestro poeta, es el de poeta elegíaco; mas no con lloro sentimental, feble y plañidero, sino con acento sentido, varonil y doloroso. Y, aun en tal supuesto, hay dos clases de expresion en sus trabajos de la citada índole: una, arrebatada y vigorosa, que se confunde con el tono de la oda, en lo cual sirve de ejemplo la elegía *Al Dos de Mayo*; otra conturbada y febril, que arranca los gemidos del fondo del alma, en lo cual sirve de modelo la que brotó *A la muerte de la duquesa de Frias*.

¡Qué os diré, ignorado ó no presentido, de la primera de ambas composiciones, cuyo fondo revela

tan bien el verso de Virgilio que lleva por lema, *Animus meminisse horret, luctuque refugit?* Nada seguramente. Popular en nuestro país cuanto serlo puede una poesia esencialmente clásica, reproducida casi siempre por todos los periódicos en el triste glorioso aniversario, presentada como dechado en todas las antologias poéticas; poco es posible discurrir respecto de ella que tenga aires de novedad. Baste, pues, recordar aquel calor creciente con que condena el autor la memoria del que justamente llama *dia de execracion*, aquellas enérgicas pinturas con que representa los crueles desafueros de los pérfidos invasores, aquellos cuadros dolorosos de los inermes ciudadanos madrileños. Y si en esta obra predomina el tono impetuoso, tambien ofrece pasajes del tierno y melancólico. Cuando, entre los estragos que describe, recuerda al infeliz despavorido que demanda compasion al jefe de uno de los pelotones de soldados,

«¡Ah! ¿qué te hice?

Exclama el triste en lágrimas deshecho.

«Mi pan y mi mansion partí contigo,

»Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,

»Templé tu sed, y me llamé tu amigo:

«¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje?

»Sincero, franco, sin doblez ni engaño,

»Con dura muerte y con indigno ultraje?»

Pero inmediatamente despues que el autor reproduce tan justas y sentidas reconvenciones, estériles por desdicha, vuelve á hablar indignado en nombre propio; y, para demostrar el ningun fruto de aquellas, añade con decision:

¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruêgo!

El monstruo infame á sus ministros mira,

Y con tremenda voz gritando ¡fuego!

Tinto en su sangre el desgraciado espira.

No es ménos interesante otro deplorable episodio de cuadro tan fatídico. Al delinear las turbas de desalmados que penetraban en varias casas,

De sangre y oro y lágrimas sedientos,

traza el conjunto de una familia desolada, en la cual se destaca, como iluminada por celestial resplandor, esta bella figura de mártir:

Suelta, á otro lado, la madeja de oro,

Mustio el dulce carmin de su mejilla,

Y en su frente marchita la azucena,

Con voz turbada y anhelante lloro,

De su verdugo ante los piés se humilla

Timida vírgen de amargura llena;

Mas con furor de hiena,

Alzando el corvo alfanje damasquino,

Hiende su cuello el bárbaro asesino.

Natural era y consiguiente que subyugado el vate por la influencia de aquellas escenas desgarradoras,

* Véase el número 147, pág. 779.

presentes á su fantasía, no pintase á España en actitud helicosa y altanera, segun otro ménos discreto lo habría verificado, sino abatida y enlutada, como así lo hizo:

Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.

Y natural era tambien que en el calenturiento hervor de aquella época de prueba, cuando la patria conmovida eléctricamente se aprestaba á rechazar con la fuerza las no vencidas armas de Napoleon, prorumpiese el poeta, hablando del monumento que con el tiempo se erigiria á las víctimas de aquella hecatombe:

Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

Tal movimiento de execracion perdió ya su fuerza. Francia, contra la cual tácitamente se lanzaba el anatema dirigido al audaz conquistador, es hoy nuestra amiga, con quien nos unen estrechos lazos, quedando sólo en la memoria de los ancianos y en las eternas páginas de la historia el recuerdo de aquella sangrienta épopeya tan sensible como gloriosa para España.

No reviste igual carácter la elegía *A la muerte de la duquesa de Frias*. Y no podía ser de otro modo. En esta pieza, que es para mi gusto la joya más acicalada y brillante de la corona poética de Gallejo, hay en verdad energía y grandilocuencia como en la anterior, pero el sentimiento que la produce es más individual, más íntimo, más humano. Está bañada de lágrimas. La amistad acendrada, herida por la muerte de quien la inspiró y desolada por la pérdida de un sér superior, arranca á la lira acentos sublimes que parten del corazon y en el corazon resuenan. *¡No existe, y vivo yo!* exclama con intensa amargura el afligido, y midiendo todo el abismo de su dolor, añade con desesperacion:

¡Ay! Derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.

En este inspirado poema se halla comprendido cuanto podía darle interesante variedad en unidad admirable. Afflictiva sorpresa por la desgracia sufrida, belleza corporal y prendas intelectuales y morales de la perdida amiga, pureza inmaculada del

afecto que el autor sentía por ella, recuerdos plácidos de épocas felices, memorias inolvidables de beneficios recibidos, presentimientos de su gloria, consuelos al atribulado esposo con el trasunto que de ella le quedaba en la persona de una delicada niña; todo esto, embellecido con primorosos y variados episodios, esmaltado de profundos conceptos, animado por calor vivificante que da á la amistad la fuerza de expresion más apasionada; todo esto, repito, se desarrolla sucesivamente en tan maravillosa elegía, cuya lectura deja en el ánimo huellas indelebiles. ¡Qué adecuado lugar de escena dibuja el poeta para dar libertad á los que, como el suyo, son dolores inconsolables! Por eso lo describe con las siguientes vigorosas pinceladas:

Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello misero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardín halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos...

¡Cuán dulce, cuán simpática y elevada es la pintura de aquella mujer que, llamada Piedad, parecía por sus bondades emblema de la virtud de su nombre! Justo era, pues, que su vehemente panegirista, refiriéndose á las ocasiones en que un infortunio, un generoso rasgo, un sacrificio heroico hacian hervir en su pecho el volcan de sus nobles sentimientos, le hablase de este modo:

Entónces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más purpúreo rosicler cubierto:
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la expresion... ¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De estro feliz, de inspiracion divina
Mostró Casandra en los dardanos muros
Ni en las lides olímpicas Corina.

¡Pero á qué, señores, copiar pasajes que recitais en silencio conmigo? ¿No sería menester transcribir casi toda la elegía si se tratara de recordar sus principales bellezas? Pasaré por tanto como en olvido aquel admirable episodio de la visita de Piedad á la prision, donde el autor dice de sí:

En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumía,
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo día;

pasaré por alto aquella generosa escena de amistad y consuelos y esperanzas, en cuyo final vemos desvanecerse la figura de Piedad, cuando ella y su favorecido se expresan de esta manera:

¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso
Que al despuntar del sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!
Aguarda... ¡Adios!.. Y en soledad sumido
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.

De todo prescindiré para repetir únicamente que esta obra de por sí puede dar á un autor imperecedera nombradía.

Pero no sólo honra á Gallego el carácter elegiaco en los dos grados ántes vistos. Otro distinto, el heroico, le hace digno de suma estimacion. Las enérgicas imágenes peculiares de este género, los rasgos atrevidos, el tono robusto, la amplitud lírica, son especialmente apropiados á la virilidad de sus conceptos y á la rotundidad de los versos con que reproduce grandes movimientos del ánimo. Véase, en comprobacion, la no extensa, pero sí excelente, oda *Á la defensa de Buenos-Aires*. Aquella página sublime de la historia de España, aquella página que narra cómo algunos puñados de inermes ciudadanos lograron, desde el seno de la ciudad invadida, rechazar y dejar prisioneros á algunos miles de aguerridos ingleses, es hoy-también precioso y brillante fasto de la poesía. Ya de por sí el asunto es simpático para oídos españoles, porque se contrae á una lucha con extranjeros, y nada tiene que ver con las que suscitaron desgraciadamente nuestros hermanos de América, hasta emanciparse de la calumniada y legítima tutela de la madre común. A esto debe juntarse el hechizo de ejecución muy esmerada. La invocación á la patria, la sed de conquista de los ingleses ya dueños de Montevideo, la marcha de su escuadra á Buenos-Aires, la personificación de la América del Sur que con brioso acento llama al combate á los hijos de España, la entrada de los sitiadores en la población indefensa, la resistencia súbita é inesperada de sus habitantes, los horrores de la pelea, el triunfo sobre los invasores, su cautiverio, su libertad concedida por el generoso vencedor y el himno de la victoria; todos estos elementos, sucesiva y hábilmente desarrollados, hacen de la poesía á que me refiero una felicísima composición. Quizá no falte quien en la regularidad inalterable de su plan eche de menos *le beau désordre* de la oda, recomendado por Boileau: yo no

creo que por eso carezca, en manera alguna, de inspiración y arrebató.

De tan acabada pieza se ha citado en muchos libros, como trozo superior, la alegoría de la América del Sur, convocando á la lid desde la cumbre de una fragosa sierra: lo es en realidad, pero no el único. La descripción de la refriega, mayor en extensión, no le cede en mérito, y en dificultades le sobrepaja. En la imposibilidad de transcribirla, no más recordaré que el período con que termina, exacta y clara serie de onomatopeyas, en nada parecida á la hueca hinchazón de los versificadores vulgares cuando intentan describir terribles acontecimientos por medio de la armonía imitativa. El ejército británico se ve ya medio vencido, pero no se rinde, y entónces, refiriéndose á sus inútiles esfuerzos, habla así el poeta:

El en tanto animoso
Redobla el fuego y el teson, y truenan
Contra su hueste horribles cañones
Rios de sangre de Albion vertiendo.
Desplómense los fuertes torreones
Con roncós estallidos,
Y al espantoso estruendo
Con qué los altos techos se derrumban,
Se oyen gemir los vientos comprimidos
Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.

Mas dejemos, señores, esta faz imponente y ceñuda del ingenio de Gallego, y busquemos otra más tranquila y halagüena. Así el pintor trata de dar á sus cuadros, en armónica reunión, los contrastes de sombra y luz, la gradación de los colores, los términos primeros fuertes y decididos, con los últimos débiles y vaporosos.

Sírvenos para dicho fin el poeta amoroso. En tal concepto podrán imputarle algo de escuela convencional y poco de pasión humana los que con torpeza ven la expresión del amor en el naturalismo sensual ó en el ardor desapoderado. Pero sobre no ser semejante manifestación la única ni la más digna de tan vehemente sentimiento, fuerza es aquí recordar lo que ántes apunté, á saber: que el autor por su carácter sacerdotal, solamente podía valerse de esta materia para aprovechar un elemento artístico, no á fuer de hombre sino de poeta, y como si dijésemos, en cabeza ajena y no por cuenta propia. Y sin embargo de sus ficciones, ¡qué dulcemente imita el acento del alma apasionada! Así dice en una *Plegaria* donde sintetiza el poder del amor:

¡Salve, divino Amor, del hombre vida,
Fuego dulce y fecundo,
Deidad amable que á placer convida
Por todo el ancho mundo!
¡Salve, luz celestial, perpetua llama
De cuanto existe y dura,
Raudal perenne, que doquier derrama
Alegria y ventura!

¿Qué, di, sin tu favor del orbe fuera?

La fresca pradería,

El bosque hojoso, la feraz ribera,

Yermo horrible sería.

Y despues de enumerar gallardamente los prodigios físicos y morales debidos á su influjo vivificante, concluye hablándole de la imaginaria Lesbía, cuya ausencia llora, en los siguientes delicados términos:

Guárdame, en pago del pesar que siento,

En su pecho nevado,

Pura como el aroma de tu aliento,

La fe que me ha jurado.

Haz que sus ojos dulces y serenos,

Do bebe luz el día,

Viertan dos tiernas lágrimas al ménos

Á la memoria mía.

¿No son suaves y enamoradas estas frases? Pues muchas otras, aún de mayor vehemencia, podrían extractarse de sus trabajos, ya de una endecha, ya de una anacreóntica; bien de liras, bien de cuartetos endecasílabos. Mas para coronar dignamente la actual parte de mi reseña, debo reproducir el afectuoso soneto titulado *Á Corina en sus días*, debiendo ántes advertir de paso dos cosas: primera, cómo su ídolo supuesto tiene ya otro nombre; segunda, cómo el autor es un sonetista que sale muy airoso en el desempeño de este género de composiciones, que muchos acometen y pocos hacen bien. Dice así:

Id, mis suspiros, id sobre el ligero

Plácido ambiente que el Abril derrama;

Id á los campos fértiles do brama

En ancho cauce del orgulloso Duero.

Id de Corina al pié sin que el severo

Ceño temais del cano Guadarrama,

Pues el ardor volcánico os inflama,

Que en mí encendió la hermosa por quien muero.

Saludadla por mí; su alegre día

Gozad ufanos, y el cruel tormento

Recordadle del triste que os envía;

Y en pago me traed del mal que siento

Un ¡ay! que exhale á la memoria mía

Empapado en el ámbar de su aliento.

Imaginome, señores que me oís, adivinar cuanto pensais. Quizá guzguais en vuestro interior que, prosiguiendo por el camino de las citas, rayaria poco ménos que en interminable mi relación; tantas son las que en justicia debieran hacerse. Ríndome desde luego á tan sensato parecer. Por ello aceleraré progresivamente el paso, á semejanza de la piedra que, desprendida de lo alto, desciende tanto más á prisa cuanto más cerca se halla del término de su carrera.

Pásese, pues, en silencio la aptitud del cantor de *El dos de Mayo* para los géneros filosófico y didáctico, y remitiré á quien quiera juzgarle por tales prismas á la grave epístola que se intitula *Al Excmo. Sr. Conde de Haro* (despues Duque de Frias, é insigne poeta y académico), animándole al ejercicio y

buen uso de la poesía; como igualmente le indicaré la oda dedicada *A la influencia del entusiasmo público en las Artes*. En ambas saboreará de seguro discretas observaciones, máximas profundas, preciosos pasajes, heroseados con los encantos de estilo pintoresco y de dición aquilatada. No mentaré tampoco al poeta festivo que, aún cuando con parsimonia, dió diversas pruebas de donaire y gragejo, segun se puede ver, por ejemplo, en el fácil soneto dirigido *Á la señora doña Josefa Espinosa de los Monteros*, y en la no ménos fácil epístola que, á la edad de 63 años y enfermo y abatido, escribió como *Contestacion á unos tercetos improvisados por varios amigos* (amigos cuya mayor parte perteneció á esta Academia), contentándome ¿qué ménos? con copiar, por su brevedad, aquel epigrama puesto *En el álbum de un ventrílocuo*, que dice así:

Causa tal placer á todos

Oírte hablar por la panza,

Que el público en tu alabanza

Habla despues por los codos:

La razon que me obliga á omitir el exámen de los mencionados extremos, obligame tambien á hacer ligera conmemoracion de sus eminentes cualidades descriptivas, en que sobresalió á grandísima altura. Sí, eminentes he dicho, y no se repunte elogio hiperbólico y de ciega admiracion. Observe, quien tal lo juzgue, las siguientes pinturas: la citada alegoría de la América del Sur, la fiesta y júbilo de España con motivo del nacimiento de la egregia princesa doña María Isabel Luisa (despues doña Isabel II) apuntados en una elegante oda á tan fausto suceso, el enérgico soneto *Á Júdas* (1), y la tempestad de verano descrita en la propia oda de que acabo de hacer mérito. Pero ¿no he de ponerlos á la vista siquiera esta última alegoría, siendo tan perfecta? ¡Oh! Figuraos que por breves instantes detiene su curso el tiempo, y miradla, que bien lo merece. Es como aigue:

Tal suele en Guadarrama

Caliginosa tempestad formarse

En seca tarde del ardiente estío.

Vése la parda nube desplegarse

Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,

Y en ráfagas sin fin de viva lumbre

El rayo serpear, crujir el trueno;

Hasta que abierto el seno,

Rompe sañuda en túrbidos raudales

Que piedras, troncos, mieses arrebatan

Con ímpetu feroz... En breve empero

La nube pasa, y por el bosque verde

El sol esparce su esplendor primero.

Sin que otro indicio apénas la recuerde,

Que en las tranquilas hojas suspendida

Gota brillante en perla convertida.

Justo es el aplauso con que la premiais, porque

(1) Traducción de Gianni.

de estas descripciones se producen pocas en nuestros tiempos.

Agravio causaría yo á la fama de escritor tan sobresaliente, si no le consagrara mi recuerdo por un triunfo conseguido en el teatro. En efecto, la tragedia *Oscar, hijo de Osian* (en cuya representación conquistaba el gran Isidoro Máiquez inmarcesibles laureles) es viva demostración de que poseía también el instinto dramático, y de que sabía dar al diálogo escénico en aquel difícil género, hoy casi olvidado entre nosotros, el movimiento, la vida, el fuego, la magnificencia que su excelso espíritu requiere. La obra, escrita en francés por Arnault, ganó en orden y en vigor al ser acomodada á nuestra escena por Gallego. Los versos en que éste expresó la inmensa pasión de Oscar y la ternura de Malvina, brillan á la altura en que puedan brillar los más hermosos, grandilocuentes y simpáticos que para las composiciones trágicas se hayan escrito en castellano. En el conjunto que forman con los otros personajes se oyen resonar sucesivamente todos los tonos de la escala del sentimiento, desde el benévolo afecto de la amistad serena, hasta el furioso ímpetu de los celos devoradores; ya la expresión íntima del cariño maternal, ya la abrasadora violencia con que rompe diques y se desborda un amor intenso que en vano se pretende contener oculto. Allí se ven variados matices, á semejanza de los colores armonizados y distintos, que resplandecen en el iris del cielo; habiendo pasajes fuertes y atrevidos como los del *Pelayo* de Quintana, y otros melancólicos y tristes como los del *Edipo* de Martínez de la Rosa. Todo lo cual se verifica con tal fluidez y naturalidad, que ni por un momento se llega á traslucir el genio de la lengua francesa y del autor extranjero á que la tragedia corresponde en su concepción original. Y si á esto se añade que el arreglo de que hablo fué hecho en el angustioso término de ocho días, no parecerá inmotivado presumir que, de haber seguido el cantor de *El dos de Mayo* por la espinosa senda de Lope y Calderón, hubiera podido alcanzar cual ellos palmas envidiables. Pero no siéndome ya posibles nuevas citas de trozos poéticos, por no fatigar vuestra atención, permitidme rogaros que de vez en cuando esparzáis el ánimo por aquellas páginas inolvidables.

Con lo dicho hasta aquí; con añadir que es verdaderamente sensible que no publicase muchos romances caballerescos, semejantes al de *El Conde de Saldaña*, que iguala en brío y acaso excede en ejecución á los más preciados de nuestros romances; con apuntar asimismo lo mucho que vale la castiza y fácil prosa de que hizo gala, entre otros escritos, en la sin igual novela titulada *Los Novios*, traducida de *I promessi Sposi* de Manzoni, demos-

trando cómo el gran lírico español interpretaba la admirable creación del gran libro italiano; puede inferirse muy justamente que su gloria es gloria conquistada y merecida. No otro fallo se debe dictar respecto del que como autor fué sano en las ideas, discreto en los planes, y oportuno en los medios; del que como poeta demostró siempre corrección exquisita, versificación rotunda y poderosa fantasía; del que como hablista, en fin, logró que esta rígida Academia le colocara entre las autoridades en materia de lenguaje.

Acaso se me pregunte ahora: ¿tan privilegiado fué el talento de D. Juan Nicasio Gallego que no dejó lunares en sus obras? A esto responderé que hombre era el vate, y que por lo mismo deben existir en ellas; pero ni tengo autoridad para buscarlos, ni mucho menos necesidad y deseo. Digo más: si los buscara y los hallara, quizá me harían gracia como me hacen en ciertas fisonomías. Sólo me desagradan en él dos cosas. Las manifestaré con ingenuidad: el constante empleo de la Mitología, eco de religión absurda y de civilización muerta para siempre, en lo cual pagó tributo á la moda de su época; y la circunstancia de que dado su carácter eclesiástico, una vez no más pulsó en realidad las cuerdas de oro del arpa cristiana, lo cual hizo para cantar *La última Cena* donde se instituyó el inefable sacramento de la Eucaristía. ¿Qué no hubiera conseguido con su inspiración, con su depurado gusto, con su destreza en versificar, acabada y magnífica consagrándolos á cantar los tremendos dramas del Antiguo Testamento, las divinas escenas del Evangelio, ó las ideales bellezas de la contemplación mística? ¿Le habrían igualado muchos al representar las ondas del mar Rojo cerrándose sobre las huestes faraónicas, la resurrección de Lázaro, fétido en el sepulcro, ó los raptos de la celestial Teresa de Jesús?

Pero... cesen alguna vez mis consideraciones. Fuerza será que me detenga, porque el tiempo es inexorable. Mas no enmudeceré sin decir: señores Académicos, vuestro compañero fué bueno como hombre, y excelente como poeta. Dedicadle por tanto un tierno recuerdo en el corazón, y levantadle con generoso aplauso un monumento para la posteridad. La amistad lo pide, la patria lo reclama, las letras lo necesitan. Y ostentando sus obras, pequeñas en la extensión cuanto grandes en el mérito, proclamad á fuer de maestros para enseñanza de la juventud, que solo conquista la gloria aquel que legitimamente pelea, y que no por producir con abundancia, sino produciendo con acierto, es como en los umbrales de la muerte se arranca de las manos del olvido la corona de la inmortalidad.

CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA FAMOSA BATALLA DE SEMPACH.

Me duele en el alma tener que borrar de la lista de los héroes, cuyos nombres adornan la *Walhalla*, (1) á un hombre á quien amaba ya cuando niño como á Leónidas y á los Décios, y que personificaba los grandes holocaustos por la patria, como el paso de las Termópilas, el suicidio de Numancia, el esfuerzo de Zaragoza y de Gerona. Si, he amado la figura heroica del suizo *Arnoldo de Winkelried*, que brilla en el fondo de oro de la batalla de Sempach; al héroe que es tan querido para el sentimiento patriótico de los suizos, merced al gran canto de Sempach, que pregonaba sus glorias, merced á las narraciones de los cronistas del siglo XVI y á las alabanzas que le dispensaba el historiador Juan de Müller, como al gran helvético que llevó á cabo la mayor de las hazañas, eligiendo la muerte segura para que venciese la patria, como al héroe que en la *batalla de Sempach* el día 9 de Julio de 1386, viendo el muro de hierro de las lanzas de los altivos caballeros austriacos, abarcó cuantas lanzas pudieron asir sus brazos vigorosos, y exclamando: «Quiero abrir paso, queridos helvéticos. ¡Ciudad de mi mujer y de mis hijos!» dejó á los suizos penetrar en el hueco y marchar sobre su cadáver á la victoria.

Yo, que asistiendo en Sempach á un banquete celebrado en honor de aquel triunfo de los helvéticos, oía pronunciar tantas y tan entusiastas frases en obsequio de *Winkelried*, no pude ménos de decir suspirando:

«¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!»

La figura de *Arnoldo de Winkelried* ha alcanzado con el tiempo tanta fuerza, que nadie dudaba de su evidencia histórica, y en 3 de Setiembre de 1865 le fué erigido en Stans (Unterwalden), la patria de los Winkelried, una estatua, y aún hoy se celebra el 9 de Julio de cada año un oficio divino en su memoria en una capilla situada á la sombra de los árboles de Sempach, aquella pequeña ciudad que, cual estacion del ferro-carril de Basilea á Lucerna, se encuentra en el corazón de la bellísima Suiza, á la orilla del lago pequeño de Sempach, elevándose, allende de éste, alturas en forma de terrados, eminencias cubiertas de bosques y de árboles frutales.

Ya había trascurrido mucho tiempo desde que se

empezó á dudar de la existencia de Guillermo Tell y de los tres hombres de la *confederacion del Ruzli*, cuyos nombres aún ostenta la *Walhalla*, cuando surgieron dudas también respecto á *Winkelried*.

Acerca de él escribieron los alemanes Ottokar Lorenz (en su obra *Leopoldo III y las Confederaciones helvéticas*. Viena, 1860), el doctor Othon Kleissner (*Las Fuentes de la batalla de Sempach y la tradicion de Winkelried*. Göttinga, 1873) y el suizo doctor Othon Henne-Am Rhyn (en el número de la *Gartenlaude* de 1874), y los tres están conformes en ver un mito en la hazaña de *Winkelried*.

Consultemos las fuentes de la famosa *batalla de Sempach*.

Acerca de esta poseemos algunos relatos escritos en el siglo XIV y XV, representando los unos la tradicion austriaca ó antihelvética, los otros la tradicion suiza. La tradicion austriaca, ó la del ejército de los caballeros, la encontramos en la *Crónica de Gregorio Hagen*, que, viviendo en Viena, dedicó su obra al duque austriaco Alberto III, muerto en 1395. Es de presumir, pues, que escribiese, ó al ménos que hubiese empezado á escribir su trabajo ántes de dicho año. Aunque su *Crónica* no parezca muy fidedigna, pues las fábulas que cuenta acerca de la historia de los tiempos primitivos de Austria demuestran que le faltaba el sentimiento histórico, llama la atencion su descripcion de la batalla de Sempach.

Los suizos, dice el Sr. Hagen, se habían apoderado de algunas ciudades de Suabia, que pertenecieron al duque Leopoldo, y para reconquistar su herencia paterna salió éste con sus señores, caballeros y siervos, para Sempach contra los suizos. Tropezó con éstos cuando no se encontraba todavía en disposicion de pelear, y mandó que saliese contra ellos parte de su ejército. Los caballeros, deseosos de combatir, lanzáronse sin orden alguno contra los enemigos, llevando consigo la bandera del duque. Al principio los austriacos pelearon afortunadamente, pero pronto el noble principe escuchó un clamor lúgubre: «¡Sálvate, oh Austria, sálvate!» y vió en peligro su bandera. Entónces mandó á sus caballeros y siervos se apeasen y ayudasen á los combatientes. Así lo hicieron, y él propio se apeó y lanzóse animoso contra los enemigos, semejándose á un leon. Pero no obstante el mandato del duque, no se apearon todos, sino que desde lejos contemplaron la lucha, y viendo que la victoria se inclinaba del lado de los suizos, se entregaron á una fuga ignominiosa. Todavía se hubiera podido salvar al duque separándole de la lucha. Pero él exclamó: «Prefiero morir con honra á vivir deshonrado.» Aún sucumbieron muchos enemigos á la fuerza de sus golpes, pero por fin vencieron los suizos, y el duque fué muerto, y con él más de 120

(1) Este escrito formará parte del tomo 4.º de la obra que lleva ese título.

caballeros y siervos. Después de darnos una breve lista de los muertos, añade el cronista: «El nombre de los otros caballeros y siervos lo sabe solo Dios.»

En la *Crónica de Hagen*, escrita solamente en el interés austriaco, no buscaremos ninguna mención honrosa de *Winkelried* y de su hazaña; pero, á la verdad, los austriacos no tenían ningun interés en omitir ésta; al contrario, era más honroso para el Austria si la derrota la causaba la hazaña inopinada y sobrenatural de un solo hombre, en vez del valor de todo un pueblo.

Otra descripción de la batalla de Sempach se debe á *Pedro de Suchenwirt*, que escribió en Austria, en 1386, su poema titulado *Cinco Príncipes*, en que se propone amonestar á los grandes y poderosos de la tierra, enseñándoles que quien hoy está firme, podría mañana ver convertirse su dicha en amargura. Como ejemplo de eso, cita la muerte de Leopoldo en el campo de batalla de Sempach. Su descripción de aquel día, tan funesto para las armas austriacas, está conforme, en lo esencial, con la de Gregorio Hagen, y lo mismo que éste no dice nada de *Winkelried*; pero una descripción como la suya, que se encuentra en una obra retórica, no tiene autoridad bastante para ser considerada cual verdadera fuente histórica.

Volviéndonos nuestras miradas desde Viena, donde recibimos las noticias primeras relativas á la batalla de Sempach, hácia Suabia, hallamos dos *Crónicas de Constanza*, encontrándose la que contiene más pormenores en la biblioteca imperial de Viena. Esta *Crónica*, de que poseemos sólo una copia escrita á principios del siglo XV, concluye con el año de 1388 y tiene por autor á un ciudadano de Constanza, que, según dice el célebre germanista Sr. Pfeifer (*Germania*, VI, 185), parece haber vivido todavía en el siglo XIV. Según aquel cronista, los austriacos, que fueron mayores en número que los helvéticos, pelearon al principio afortunadamente, matando á 300 suizos; pero de repente huyó un señor de Henneberg y con él 500 hombres, alzando un grito inmenso. Apeáronse los caballeros, pero aquel grito y aquella confusión espantaba los caballos, que atropellaron cuanto encontraron por delante. Así el desorden llegó á su extremo, mientras los suizos continuaron peleando como buenos, de modo que alcanzaron la victoria. Si, pues, en aquel relato que contiene la tradición de los caballeros de Suabia, y que se muestra tan imparcial para con los suizos, no se encuentra nada relativo á *Winkelried*; diremos que á principios del siglo XV la hazaña de éste era poco conocida.

Ni aquella *Crónica* ni la otra de Constanza, publicada por el Sr. Mone, que se ocupa aún de lo que ocurrió en 1466, pero que no es más que una com-

pilación en que figuran aún trozos de escritores antiguos, dicen nada de aquel héroe legendario.

Pasemos á la notable *Crónica de Koenigshofen*, que ha de constituir el fundamento de cualquiera descripción de la batalla de Sempach, por ser contemporánea á ella, teniendo por autor al strasburgués *Jacobo Trvinger de Koenigshofen*, que nació en 1346, fué ordenado de sacerdote en 1382 y murió en 1420. Hé aquí la relación de Koenigshofen:

Los suizos, atacados por los caballeros, se colocaron en forma de cuña, y el calor excesivo contribuyó á cansar á los caballeros, cargados con pesadas armaduras; pero cuando algunos caballeros que, sentados sobre sus caballos, contemplaban la pelea desde lejos, comenzaron á huir, muchos combatientes perdieron el ánimo y se apresuraron á volver á sus caballos; pero la mayor parte de éstos había huido ya con los siervos. Por lo tanto, se explica la confusión general y la derrota del ejército austriaco.

El cronista strasburgués, como el de Constanza, no dice nada de las generosas palabras del Duque Leopoldo, que refirió Gregorio Hagen, y tampoco de la hazaña de *Winkelried*, lo cual demuestra otra vez qué escasísimo fué el número de los que á principios del siglo XV conocieron á este personaje. Pues de haberle conocido el cronista strasburgués, que tanta afición tenía á las anécdotas, no hubiera dejado de embellecer su relación con un rasgo tan interesante. Y aunque su relato contiene la tradición antihelvética, no está exento de rasgos que llevan el sello de la tradición suiza. Así dice lo mismo que los helvéticos, que el Duque llevaba consigo doscientos guadañeros para que segasen los campos de los suizos. Era además natural que un strasburgués conociese las narraciones suizas y las usase, porque la ciudad de Strasburgo estaba siempre en comercio íntimo con la Suiza.

Nada diremos de la *Crónica* llamada de *Klingenberg*, porque esta compilación, hecha en el siglo XV, está escrita sólo en el interés austriaco. Pero en vista de la relación de Koenigshofen, diremos que no había en la batalla de Sempach ningun momento en que la hazaña de *Winkelried* hubiera sido necesaria, ó hubiese decidido del éxito.

Vamos á examinar las otras relaciones. La *Crónica de Lübeck*, escrita por Detmar á fines del siglo XIV, contiene una tradición oral relativa á la batalla de Sempach, y según ella, los que ántes eran vencedores, es decir, los caballeros, acabaron siendo vencidos, porque treinta mil suizos los cogieron por la espalda. Puede decirse con seguridad que esta narración es completamente falsa.

Examinando las relaciones que contienen la tradición suiza, hablaremos de la *Crónica de Berna*, escrita en 1420 por *Conrado Justinger* y continuada

en 1470 por Dittlinger y Tschactlan, y diez años más tarde por Dieboldo Schilling.

El Sr. Justinger dice lo mismo que Koenigshofen, que los suizos pelearon colocados en figura de cuña; pero añade que por lo tanto experimentaron al principio grandes pérdidas, y que cambiando de orden de batalla se lanzaron en las filas de los caballeros y los batieron con sus alabardas. Nada dice de *Winkelried*.

La primera mención de una hazaña análoga á la de éste, encuéntrase en la *Crónica de Zurich* (Cod. B 95), que se extiende hasta el año de 1420, y de la cual poseemos sólo una copia hecha en 1476. Dice aquella Crónica: «El duque Leopoldo salió con un gran ejército para Sempach, amenazando ahorcar y ahogar á la guarnición; devastó los alrededores de la ciudad, y mandó á los suyos segasen los campos de los suizos. Así lo hicieron, diciendo á los que se encontraban dentro de la ciudad en tono de mofa: «¡Dareis de almorzar á los guadañeros!» Entre tanto los suizos llegaron con cuatro banderas. Cuando los austriacos vieron á los enemigos, descendieron del monte, alzando un grito inmenso, arrojaron piedras y llegaron á las manos con los suizos, de manera que sesenta de éstos fueron muertos, y la bandera de Lucerna se perdió antes que los austriacos hubiesen experimentado daño alguno. En momento tan crítico, el Dios Omnipotente ayudó á los leales helvéticos, de modo que vencieron y fueron batidos los señores y con ellos el duque Leopoldo. Eso se debió á un hombre valeroso entre los helvéticos. Cuando éste vió que los suizos estaban en una situación tan triste, y que los señores con sus lanzas y venablos mataban á los que se hallaban en las primeras filas antes de que los suizos los pudieran alcanzar con sus alabardas, acometió intrépido é hizo tales prodigios de valor, que los helvéticos pudieron avanzar, y más cuando le oyeron exclamar en la mayor alegría: «¡Todos huyen, miradlos!» Muchos condes, caballeros y siervos fueron entonces muertos, y los suizos alcanzaron una gran victoria.»

La otra *Crónica de Zurich* (Cod. J 245), aunque en lo esencial está conforme con la primera, no dice nada de aquel valiente helvético, y tampoco menciona la mofa de los austriacos al segar los campos de los suizos. Además, la anteriormente citada *Crónica de Zurich* (Cod. B 95) no habla de un héroe extraordinario que en arena patriótica anuncia su sacrificio y que muere por la patria, sino que trata de un suizo sin nombre que, después de alcanzada la victoria, expresa su alegría á causa de la fuga de los enemigos. Tal suizo, aunque hubiese decidido la batalla, no sería un *Winkelried*. El cuento, pues, parece una añadidura del cronista para animar la narración bastante pálida de aquella batalla memo-

orable, y para explicar de qué modo se hubo decidido el combate. Añadiremos que este hecho es la misma anécdota que el cronista más antiguo de Suiza, Juan de Winterthur, refiere respecto á dos guerreros de los Habsburgos en las luchas contra Berna en 1231 y 1332, y que el patricio nurembergués Vilibaldo Pirkheimer cuenta respecto al sacrificio de Heini Wolleb en la batalla de Frastenz en 1499.

La fuente última del siglo XV, relativa á la batalla de Sempach, es la *Crónica de Lucerna*, que *Melchor Russ* empezó á escribir en 1482. Éste, que coleccionaba todo lo que se refiere á dicha batalla y que aumentaba la narración de Justinger con algunos rasgos anecdóticos, no dice nada de *Winkelried*, y si, en efecto, como dicen Hagen y Koenigshofen, los caballeros se lanzaron sin orden alguno contra los suizos, no tenían estos ningunas filas, ningun muro que penetrar, y por lo tanto no había ocasión para la hazaña de *Winkelried*, y éste no es más que una personificación del patriotismo y de la abnegación helvética que hicieron tan grande á la Suiza.

Pero ¿cuál es el origen del cuento de *Winkelried*, y cómo se formó éste? preguntará el lector.

El cronista *Melchor Russ* añadió á su relato un canto popular, relativo á la batalla de Sempach, pero ni en él ni en su prosa se hace mención de *Winkelried*, aunque el cronista dice que aquel canto nació inmediatamente después de la batalla. Ese canto, que contiene 15 estrofas, se encuentra casi completo en otro canto de 67 estrofas, conocido bajo el nombre de *Halbsuter*, porque dice su última estrofa que aquel canto lo entonaba Halbsuter, oriundo de Lucerna, al salir de la batalla de Sempach. Pero la última estrofa se manifiesta ya por sí misma, cual añadidura voluntaria, pues dice: el canto lo entonaba el *inolvidable* Halbsuter. El llamado *canto de Halbsuter* no es, según ha demostrado Ottokar Lenz, sino una composición arbitraria hecha por un poeta poco diestro, una amplificación de dos genuinos cantos populares que se ocupaban sólo del resultado de la batalla. El canto épico de Halbsuter, que no conocemos sino en la redacción comunicada por la *Crónica de Egidio Tschudi*, aquel historiador á quien se debe también la última redacción del canto de Guillermo Tell, pertenece, según dice la crítica histórica, al último tercio del siglo XVI. Ese canto es el primero que habla de un *Winkelried*, sin decirnos de qué *Winkelried* se trata, pues no menciona su nombre de bautismo. Ese lo completó *Tschudi*, aprovechándose de documentos antiguos para hacer del héroe del canto de Halbsuter al caballero *Arnoldo Strutthahn de Winkelried*.

Pues mientras no se conoce en Suiza ninguna familia de Guillermo Tell, la de los Winkelried, que

vivía en Stans (Unterwalden), era muy conocida. Así, documentos antiguos hablan de un caballero Rodolfo Winkelried, á quien en 1248 encontramos cual partidario apasionado del emperador Federico II, y desde 1275 á 1303, aparece el caballero Enrique Strutzhahn de Winkelried, de quien Tschudi nos cuenta el mito siguiente: «Cuando un fiero dragon devastaba el país de Unterwalden, el caballero Strutzhahn, que se hallaba desterrado á causa de un homicidio, se ofreció á matarlo si se le permitía volver á su patria. Así se lo prometieron, y el esforzado caballero mató al monstruo con su lanza ceñida de espinas y con su espada, pero al levantar ésta, el veneno del dragon se destiló sobre su cuerpo y lo mató.» Ya se ve que la historia del caballero Strutzhahn de Winkelried es una variación de la de Hércules y de Siegfredo, es decir, el mito de un semi-dios, que al matar al dragon de la noche ha de sucumbir también él mismo en la pelea.

Como contemporáneos del mítico Guillermo Tell y de la batalla de Morgarten, es decir, del año de 1309 á 1325, figuran Rodolfo y Walterio de Winkelried, y en 1367 tropezamos con un Erni (Arnoldo) Winkelried, y otra vez con un Erni en 1389. Ó uno de estos Erni de Winkelried fué el que concurrió á la batalla de Sempach, ó son una misma persona, y entonces en Sempach no hubiera muerto ningun Winkelried, pues aquella batalla tuvo lugar en 1386.

El único de la estirpe winkelrediana que conocemos cual héroe de la guerra, fué un *Arnoldo de Winkelried* que aparece desde 1512 á 1522, encontrándose como capitán de guardia de los suizos al lado del duque Maximiliano Sforza, en Milan, cual campeón más valiente en la batalla de Marignano, tan desdichada por los suizos, y cual mercenario francés en Bicocca, donde dijo á su antiguo camarada en las armas, el ilustre Jorge de Frundsberg, que figura también en la *Walhalla*: «¿He de encontrarte allí, viejo compañero? Has de morir por mis manos.» Pero el que murió no fué Frundsberg, sino Arnoldo de Winkelried, más digno de mejor causa. Ese último Winkelried, cuyo hijo fué el postrero de su estirpe, era tan conocido en Suiza, que fácilmente su nombre podía unirse á una figura que entonces, merced al canto de Halbsuter, se hizo popular en las ánimos suizos.

Muy particularmente cuadran á la leyenda acontecimientos tan notables como la batalla de Sempach, en que los labradores y los pastores triunfaron de los caballeros. Cuan activo haya sido el mito en apoderarse de aquel asunto, lo demuestra también la siguiente tradición que se refiere al duque Leopoldo, el vencido de Sempach, y que no obstante su derrota, era la flor de los caballeros. En el lugar donde habían enterrado su cadáver, brotó, dice la tradición, una peregrina flor roja, ostentando una

raya blanca lo mismo que el blasón austriaco. Por aquella señal conocieron el lugar donde descansaba el Duque, y lo trasladaron á Koenigsfelden, mientras la flor se conservó en la capilla que después fué erigida en el sitio de la batalla, y dicen que en 1516 brotó otra flor en el mismo sitio que, el párroco y los habitantes de Sempach de aquel tiempo, declararon idéntica á la flor de 1386.

¿Cuál es, pues, el resultado de nuestra investigación? Puede ser que algun Winkelried haya hallado honrosa muerte en la batalla de Sempach, pero la hazaña de un *Arnoldo Strutzhahn de Winkelried* que recuerda la de los *Publio Decio*, padre é hijo, aquella familia romana de que nos habla Tito Livio, y en la que el anhelo de sacrificarse se hizo hereditario, ha de pertenecer desde ahora á la leyenda. Es una anécdota que tomaba poco á poco las proporciones de una tradición, desarrollándose desde principios oscuros hasta que se nos presenta cual cuadro lleno de vida.

La *Walhalla* pierde un héroe, pero nada pierden los suizos, pues la gloria de la batalla de *Sempach*, que antes se personificaba en un solo héroe que abría paso á los demás, se extiende á todos los combatientes.

Colonia 10 de Diciembre de 1876.

JUAN FASTENRATH.

LOS IDIOMAS DE LA AMÉRICA LATINA.

(Conclusion.) *

VI.

IDIOMAS BRASILEÑOS.

A cien lenguajes diversos hacen ascender algunos autores (entre idiomas y dialectos) los hablados por las diferentes tribus naturales del Brasil.

De este laberinto de lenguas, no merecen, en su mayoría, otro epíteto que el de bárbaras; solo dos, quizá, exceptuadas de esa regla general.

La primera, más comun en todo aquel inmenso territorio, y que la conviene por eso el dictado de *lengua general*, es la *guaraní-brasileña*, que apenas difiere del guaraní del Paraguay en majestad y cultura.

La pronunciación y ciertas terminaciones es casi lo único que varía en muchas voces.

De ella dice, en el expresivo idioma de Camoens, el historiador Sr. Vasconcellos estas palabras:

«Em qué escolas aprenderam, no meio dos sertões, tão acertadas regras da Gramatica, que não

* Véanse los números 140, 141, 142, 144, 147 y 148; págs. 372, 605, 635, 695, 794 y 815.

falta um ponto na perfeição da praxe, de nomes, verbos, declinações, conjugações activas e passivas? Não dão vantagem nisto às mais polidas artes dos Gregos e Latinos.»

Su manera de contar es tambien igual en todo al que se ha dicho de los indios paraguayos.

Despues de esta, la lengua más regular y política es la de los *Tapuyas*, equivalente á decir *contrarios*, por serlo de todos los otros y vivir siempre en guerra con los demas.

«*Gente atraçoada, é tragadora, que igualmente anda á caça da gente, é das feras, para pasto da gula.*»

Otras tantas especies de lenguas son la *Aimoré*, *Potentú*, *Guaitacá*, *Guaramoní*, *Goaregoaré*, *Amanipagué*, *Yecarucú*, *Payeá*, y multitud de otras casi nada estudiadas.

Pero, como tengo dicho, es la *Guaraní* la reina de todas.

Véanse los autores que han escrito de ella.

Apuntes biográfico-bibliográficos.

ANCHIETA. José de Anchieta nació en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife (Canarias) en el año 1533. Su padre, casado con una señora de Palma, era natural de la ciudad de Vitoria, en Alava.

La primera educacion la recibió en Anchieta, en Tenerife, distinguiéndose desde niño por su afición á saber y por sus buenas prendas morales.

Estudió gramática latina en Coimbra, Portugal.

Muy jóven tomó el hábito de la Compañía de Jesus, y poco despues se embarcó para el Brasil, donde, dedicado incesantemente á catequizar los indios, tuvo ocasion de manifestar sus talentos y ejercitar sus virtudes.

Tantas eran estas y tan singulares sus talentos, que el Padre Simon de Vasconcellos le dice en el idioma de Camoens: «*Sol d'America, luz da gentildade, gloria de seus irmaos, honra da Compañia é exemplar de missionarios...*»

Ayudó al memorable Padre Nobrega á la fundacion de dos casas del orden, en la entónces llamada *tierra de Santa Cruz* (Brasil), y tambien á erigir el pueblo de San Sebastian (Rio-Janeiro) con indigenas que su celo había convertido al cristianismo y reducido á vida civil. Empresa aquella en que trabajó sin descanso.

Allí, en medio de aquellos bosques de Piratinga, donde levantaron primero una debilísima casa y tosco templo, y luego una y otro de buena arquitectura, predicaba y catequizaba á los naturales, y enseñaba latin á los novicios, al paso que de algunos recibía lecciones para irse perfeccionando en el idioma del país.

Y sobre esta actividad preciso es apuntar que era una de las dotes que caracterizaban al misionero Anchieta; por esa cualidad los indios le llamaban

Abaré-Bebé, que equivale á decir *Padre que vuela*.

Careciase á la sazón de un método del idioma, que apenas tenia otros trabajos que los de Azpilcueta; por eso fué uno de sus primeros cuidados el estudio de la índole de la lengua de los indigenas, y se mostró incansable hasta conocerla.

El primer libro, fruto de su laboriosidad, fué el *Arte da lingua mais commum do Brazil*, obra impresa en Coimbra en 1595.

Sobre esta obra dice Vasconcellos que es *tão perfeita, que approvada dos mais famosos lingoas, foi dada á impressão, é tem servião de guia é mestra da quella faculdade aos que dapoiz vieram*. Es una obra maestra.

Muchos autores elogian el trabajo de este escritor diligente, al cual se deben tambien los siguientes libros:

Dictionarius linguae Brasilicae, un tomo bastante abultado, impreso tambien en Portugal, con la correspondencia de las voces en lusitano.

Doctrina christiana, pleniorque Catechismus eadem lingua explicatus, tambien dado á luz.

Syntagma monitorum ad præparandos moribundos, cuyo título indica bien el objeto de la obra, una de las más extensas que se conocen en su clase.

Institutio ad interrogandos intra confessionem penitentes, muy extenso en la materia.

Cantiones sacrae, linguis latina, lusitanica, hispanica et brasilica, dicho vulgarmente *Das cántigas*.

Es una version de los misterios de la fe en dichos cuatro idiomas, la mayor parte en verso, muy estimada de los literatos y dialogada. Es una de las más curiosas y raras.

Compuso tambien *Noticias históricas y geográficas del Brasil*, obra henchida de datos interesantes.

De Rebus gestis Mem da Sa, es una historia de los hechos de ese hombre insigne lusitano, escrita con mucho criterio, verdad y estudio.

Como en todas las cosas de este ilustre español presidía la idea de instruir á los indios, el libro de las referidas *Cántigas* sirvió de enseñanza á la vez que de canto de algunos sucesos. Dice que los muchachos indios aprendían así cantando muchas cosas.

Dejó además algunos manuscritos que quedaron en la Biblioteca Vaticana; y es de este autor, finalmente, un poema latino titulado *Beatae Virginis vita*, que anda impreso. Nos olvidábamos de unos *Diálogos entre un Tupí y un europeo*, bastante curiosos, en estilo satírico.

Dice un cronista que habiéndose desarrollado en varias comarcas del Brasil una epidemia, Anchieta era incansable en asistir á los pacientes con el doble carácter de médico y de sacerdote, pues la ca-

rencia de profesores de la ciencia de curar le obligaba á poner en práctica lo que él entendía, aunque poco.

Observó este hombre filantrópico que la sangría moderada aprovechaba en el primer período del mal, y no tuvo inconveniente en practicarla siempre que lo juzgaba; mas no faltaron algunos que, escrupulosos ó gazmoños, criticaron la conducta como contraria al instituto, ya que otra cosa no hallaban que criticar en Anchieta.

Dirigióse entonces en carta al mismo Ignacio de Loyola, consultando el caso, y éste respondió aprobando el hecho, diciéndole *que era lícito, puesto que entraba de lleno en el dominio de la caridad.*

Cuando el pirata ó almirante Villegaignon, frances, se apoderó del territorio de Janeiro, Anchieta desempeñó un importantísimo papel en los trabajos que dieron por resultado arrojar del suelo brasileño los incómodos huéspedes de Nicteroy y Botabara.

La memoria del venerable misionero José de Anchieta es muy respetada en todo el Imperio brasileño, país que tiene la fortuna de poseer á su frente rara avis, un monarca que ama y cultiva la ciencia y venera á los hombres de saber, á quienes estimula en sus trabajos.

Una de las calles de la populosa ciudad de Janeiro lleva el nombre de Anchieta.

Murió éste el día 9 de Julio de 1598.

AZPILCUETA. Al instalarse la Compañía, dicha de Jesus, en el Brasil, dióse el cometido de dirigir los primeros misioneros de esa orden al célebre Padre Manuel Nobrega, llevando consigo cinco hermanos más.

Era uno de ellos Juan Azpilcueta Navarro, natural del reino de Navarra, y sobrino del memorable Martín Azpilcueta Navarro, saliendo de Lisboa el 1.º de Febrero de 1549 con la armada que conducía al gobernador Thome da Sousa. Llegaron á *Bahía de todos los Santos* en sesenta y seis días de una penosa navegacion, durante la cual dió señaladas muestras de valor.

Llenos todos de deseos de emplearse en su ministerio, dice Vasconcellos que la gran dificultad era la ignorancia del idioma, por lo que empezaron á estudiarle con ahínco; pero el que ántes supo lo necesario para predicar fué Azpilcueta.

Con el fin de ayudar á sus compañeros, compuso en forma de *Diálogos algunas oraciones* en el idioma de aquella parte.

«*Foi ó primeiro (palabras de Vasconcellos) que pôz na lingua Brasilica algunas oraçoés é dialogos da nossa Santa Fé, á fin de catechizar esta gente.*»

Este Juan Azpilcueta Navarro fué catedrático de prima de la facultad de cánones en la Universidad de Coimbra, ántes de entrar jesuita, y profesó en dicho instituto en 1544.

Murió en el colegio de la Compañía de la ciudad de Bahía en el año de 1555, y está sepultado en la iglesia vieja de dicha orden, en la propia ciudad, entónces la de más importancia.

ALENCÁ. Un distinguido literato brasileño, el señor D. N. Alencá, comendador da Orden do Cruzeiro, ha escrito, no hace muchos años, unos bellísimos *Romances guaranis* sobre diferentes motivos.

Estas poesías forman un libro, dado á luz en Rio-Janeiro; trabajo muy apreciado por los inteligentes y que mereció el aplauso de la prensa de todo el Imperio.

Esto acredita su mérito.

FIGUEIRA (Fr. Lúcas). Nació en Oporto este ilustre portugués el año de 1606. Fué muchos años misionero en el Brasil, con un celo incansable en la propagacion del cristianismo. Escribió la *Gramática guaraní-portuguesa* y un *Diccionario* de ambos idiomas.

Vertió á esa lengua y á la tupí el *Catecismo de la doctrina cristiana*. Fué bárbaramente asesinado por los salvajes de la desembocadura del rio Amazonas.

VII.

ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.

Los naturales de las distintas islas que forman aquel remoto Archipiélago hablan multitud de lenguas, muchas de las cuales están plagadas de voces monosílabas.

Si alguno de los idiomas filipinos puede aspirar á ser considerado como *lengua general*, es sin duda alguna el *talagog*, que es el peculiar de la provincia de Manila.

Él es al ménos el que tiene más palabras comunes á los lenguajes de las otras islas, y por eso y otras razones el más importante.

Dejando los demas idiomas y dialectos de los indios de aquella parte, todos raros y dificultosos en demasia, diremos que *la lengua tagala sólo en lo superfluo es abundante; en lo necesario escasa y pobre, poco política y de ninguna elegancia.*

Que de esa manera la han calificado algunos autores dignos de nota, conceptos que otros creen exagerados.

Esto no obstante, debe advertirse que su índole no es tan refractaria que no consienta la confeccion de libros de relativo mérito; ántes por el contrario, en prosa y en verso hay escritas obras notables, como se verá más adelante.

Y nótese igualmente que por lo relativo á números, el talagog es más rico que varios idiomas americanos, que ofrecen el contraste de no tener números sino *hasta cuatro*, al paso que en lo demas son mucho más abundosos, suaves y elegantes que este lenguaje.

Hasta diez designanse de esta manera. *Isá*, que es uno; *dalua*, dos; *tallo*, tres; *apat*, cuatro; *lima*, cinco; *anin*, seis; *pitó*, siete; *naló*, ocho; *siyam*, nueve, y *poló*, diez.

Pero con el *ingenioso artificio que emplean*, dice el reverendo Padre Totanes, *puede contarse cuantas cantidades se quieran*; y es así hasta cierto punto.

La palabra *dalawan-pouó* (dos diéces) equivale á decir veinte; *tatlong-povo*, treinta; y así sucesivamente cincuenta, ciento, mil, etc., hasta cantidades bastante elevadas.

Tiene además números *ordinales*, *distributivos* y aún *adverbiales*. Lo que casi constituye lujo en tan escasa lengua.

Sobre bibliografía de los idiomas y dialectos de las islas Filipinas, diremos lo que el erudito Padre Fr. Manuel Blanco escribe en el prólogo de su *Flora*. Hé aquí sus palabras:

«Increible es lo que se ha escrito en estas islas sobre todos los asuntos, tanto en español como en todos los idiomas del país, que son muchos y de muy difícil y extraña sintáxis para los europeos, y casi todo permanece inédito. De sólo el idioma tagalog, hay compuestos hasta el presente (1837) más de cuarenta *Artes diferentes*, muchos *Vocabularios* y multitud de libros piadosos. En otras lenguas del Archipiélago se trabaja también mucho, y dudo que haya una sola que no tenga su *Arte y Vocabulario* y algunos libros de devoción.»

El Padre Totanes, mucho más moderno, dice así mismo que «en punto á *Artes gramaticales*, sin ponderación son innumerables las que se han compuesto; hasta el punto de haber reducido todas sus reglas á verso latino un venerable monje dominico, y á verso castellano un padre de la Orden de San Francisco.»

«Uno y otro, añade, he leído muchas veces con complacencia y aún con admiración, por ser obras de mucha paciencia y trabajo.»

Y ya que no me sea dable dar cuenta exacta de todos ellos, me ocuparé de los que han llegado á mi noticia, como se verá en la siguiente

Reseña bio-bibliográfica.

Debe contarse el primero, atendida su antigüedad, al Padre Fr. Juan Oliver, franciscano descalzo, español, que llegó como misionero á Manila en el año de 1581.

Compuso este literato el primer *Vocabulario de la lengua tagala*, que, si no es muy abundante, sirvió muchos años á otros sacerdotes para ejercer su misión, y ha sido la base del edificio que otros después han levantado más fácilmente.

Murió en Manila en 1594.

QUIRÓS (Fr. Teodoro). Nació en la villa de Vive-

ros, de la provincia de Albacete, en el año de 1599.

No se sabe la fecha de su arribo á las Filipinas, pero vivió algunos años en el Archipiélago dedicado á la enseñanza como misionero.

Escribió la *Gramática de la lengua tagala* y *Catecismo* en la misma, con correspondencia española.

Murió en 1662.

SAN JOSÉ (Fr. Francisco de San José), natural de Madrid, fraile franciscano descalzo. Fué mandado á las Filipinas en clase de misionero en el último tercio del siglo XVI. Escribió un *Arte de la lengua tagala*, cuya gramática es la primera que se halla impresa de dicho idioma.

Fué dada á luz en 1610 en Manila.

Compuso también *Oraciones y Sermones* de las principales festividades, en ese mismo idioma, notables por su erudición; y esa circunstancia hizo que otros misioneros le apellidasen el *Ciceron tagalog*.

SANTAMARÍA (Fr. José). Ignoramos la patria de este misionero, que ejerció su ministerio en diversas comarcas del Archipiélago filipino.

Se le debe un *Confesonario para los naturales*, escrito en lengua tagala y correspondencia castellana. Se dió á luz en 1637.

OREJITA. (Fr. Francisco de San Antonio), llamado por apodo *Orejita*. Se ignora el pueblo del nacimiento de este español, del orden de San Francisco, y misionero en Filipinas á últimos del siglo anterior y primeros años del actual.

Compuso el *Vocabulario de la lengua tagala* más completo que se conocía hasta 1850 (según refiere el Padre Totanes), por lo cual, no obstante permanecer inédito, dice: «Se servían de él todos, con preferencia á los que existían impresos.»

De estos, refiere el mismo autor que el primero que se dió á luz fué «el del hermano definidor Fray Pedro de San Buenaventura, impreso en 1613, por eso dicho *el antiguo*.»

El segundo fué trabajado por el franciscano, definidor también, Fr. Domingo de los Santos, que se imprimió el año de 1703, por haberse agotado la impresión del de San Buenaventura.

Pero los dominicos y agustinos tienen varios dados á luz.

La gramática más moderna de las que he podido consultar es la de Fr. *Sebastian Totanes*.

Este misionero pertenece á la más regular y estrecha observancia de San Francisco en las islas Filipinas.

Compuso el *Arte de la lengua tagala* y *Manual tagalog para administración de los Sacramentos*, escrito de orden de sus superiores. «Manila: 1850. Establecimiento tipográfico de Santo Tomás, á cargo de Manuel Ramirez.» Está impresa en excelente papel y hermosos tipos.

Dicha gramática es un trabajo metódico, claro y

concienzudo, que hace mucho honor á su autor, acreditándole de un filólogo nada vulgar.

Y hablando el Padre Totanes en el *Prólogo y dedicatoria* de su Gramática, de la literatura peculiar de las islas, dice: «Al presente se halla muy enriquecida la lengua tagala con grandes obras, impresas y manuscritas...»

CANTOVA. No he podido indagar la patria y año de nacimiento del jesuita Antonio Cantova, que debió ser en el último tercio del siglo XVII, por cuanto hay de él una epístola en las *Cartas edificantes y curiosas de los misioneros de la Compañía*, que lleva la fecha de 20 de Marzo de 1722.

Dicho escrito está datado en Agdana, de las islas Carolinas, y tiene apuntes interesantes sobre las costumbres de los naturales de aquel archipiélago, dependiente de la capitania general de las Filipinas.

Dice sobre los idiomas de las Carolinas, que cada una de las cinco provincias en que se divide el archipiélago posee una lengua particular, y añade: «Pero atendiendo á la semejanza de las voces en general, parece que todas ellas traen su origen de una sola, y que la lengua matriz es la arábica.»

Este misionero, del que algun autor hace elogios por su saber, compuso un *Vocabulario de la lengua hogolen*, una de dichas Carolinas.

Puso en dicho lenguaje el *Catecismo de la doctrina cristiana* y varias oraciones.

El abate Pablo Clain dice tambien, en una epístola al general de su orden, que *la lengua de los carolinos es distinta de las de Manila; su acento y modo de pronunciar imita al de los árabes.* Lo cual confirma el aserto del P. Cantova.

CLAIN. El abate Pablo Clain, jesuita que vivió muchos años en el Archipiélago filipino, hizo trabajos apreciables en todos conceptos. Escribió *Doctrina cristiana* en lengua tagala, y elocuentes *Sermones* en el mismo idioma.

Persona muy erudita y constante observador de la naturaleza, se dedicó con ardor al estudio de las ciencias naturales, singularmente de la botánica, y al mismo tiempo á conocer los efectos que muchos vegetales ejercen sobre la economía animal.

Fruto de tan laudable tarea fué un libro que escribió y dió á luz de *Medicina doméstica*, en el idioma general del país, el tagalog, para uso de las gentes del campo.

De esa obra, que no he visto, dice un autor que tiene consejos prácticos, útiles á las familias que viven léjos de poblaciones en que hay médicos, y que existen en ella observaciones curiosas por más de un concepto.

En una carta del abate Pablo Clain publicada en las *Cartas edificantes y curiosas de las misiones*, fechada en 10 de Junio de 1697 desde Manila, da cu-

TOMO VIII.

riosísimos datos sobre las islas Carolinas, costumbres de sus naturales, y cuanto concierne á la manera de ser de los indígenas, sin omitir algunas observaciones acerca de los productos del entonces recién descubierto Archipiélago carolino.

VIII.

ISLAS DE VAVAO.

VIANA. En el célebre viaje de exploracion de las corbetas de guerra españolas *Descubierta y Atrevida*, á las órdenes de D. Alejandro Malaspina, iba el teniente de navío D. Francisco Xavier de Viana.

A bordo de esa expedicion, salida de Cádiz el 30 de Julio de 1789 para dar la vuelta al mundo, estaban los naturalistas D. Luis de Neé y D. Antonio Pineda, con los disecadores y pintores D. José Guie y D. José del Pozo, y además los astrónomos Salamanca y Venaucí, para ocuparse de las observaciones científicas á ellos concernientes.

Después de haber pasado algunas semanas en Montevideo visitando por tierra los hombres de ciencia la sierra de Maldonado, Florida y Colonia de Sacramento, las corbetas levantaron ancla para la Patagonia, siguiendo rumbo á Chile y otros puntos del Pacífico, y marchando luego á Filipinas, etc.; donde, como en el Rio de la Plata, los naturalistas hicieron excelentes estudios y numerosas adquisiciones, al paso que los oficiales de mar practicaron la triangulacion de varios puertos, su sondaje y otros trabajos dignos de que se dieran á luz.

D. Francisco Xavier de Viana llevó un *Diario de navegacion* de todo el viaje (que duró tres años), y en el que anotaba dia por dia los acontecimientos que bajo cualquier aspecto eran dignos de consignarse; y habiendo permanecido las corbetas en el archipiélago de los Amigos algun tiempo, especialmente en la isla de *Vavao*, dedicóse este laborioso marino á estudiar las costumbres de los indígenas, su carácter, ritos y preocupaciones, sobre lo que apunta en su *Diario* noticias curiosas por más de un concepto.

Algo dice tambien acerca de los productos naturales de las islas, cuyo conjunto lleva asimismo el nombre de *Archipiélago de Mayorga*.

No descuidó tampoco el Sr. Viana el estudio del lenguaje de aquel remoto país.

Formó un pequeño *Vocabulario del idioma vavao*, que está casi al final del libro.

Este permanecia inédito en poder de la familia, una de las más respetables de Montevideo; mas durante el *Sitio grande* de esa ciudad, el general sitiador D. Manuel Oribe hizo imprimirle por la *Imprenta del ejército*, situada en *El Cerrito de la Victoria*, dos leguas de Montevideo, en el año de 1849.

Muchos señores oficiales de nuestra armada, de

estacion en las aguas del Plata, han procurado infructuosamente hacerse con ese libro curioso, y recordamos haberle visto entre las muchas obras raras que poseía el hábil contraalmirante D. Miguel Lobo, coleccionista incansable.

Tambien posee ejemplar el señor doctor D. Pedro G. de Velasco, en su precioso *Museo antropológico*.

En punto al idioma de los naturales, no se limitó Viana á la confeccion del referido Vocabulario, sino que observó con el detenimiento que requiere la naturaleza de tal lenguaje.

Dice sobre este punto, entre otras cosas, lo siguiente:

«Son tantas las causas que promueven la emigracion de los pueblos, que verosimilmente no se hallaría sobre toda la extension del globo una sola tribu ó nacion cuyo idioma sea rigurosamente nuevo *ab origine*, ó no tenga conexion con alguna otra. Ciertamente no lo es tampoco la lengua de los pueblos del archipiélago de los Amigos, como lo demuestra su afinidad con el malayo, el bisaya, el de Sandwich, y con otros conocidos al Sud y Occidente.

»Los idiomas, lo propio que las demás instituciones sociales, siguen en su formacion el mismo orden de las necesidades que las dictaron. Hay, pues, voces que corresponden al origen de los idiomas, otras á sus progresos, á su perfeccion; y el que conozca bien la naturaleza humana y sea capaz de pensar y calcular las circunstancias de lugar y tiempo, se equivocará pocas veces, determinando la antigüedad de las voces, el orden en que fueron compuestas y la mayor parte de las variaciones que han debido sufrir.

»Síguese de esta teoría que si la identidad ó semejanza de varias lenguas prueba un origen comun á todos los pueblos que las hablan, el exámen particular de las voces idénticas ú homólogas puede tambien conducir á conjeturas bastante seguras sobre la antigüedad de las colonias y el orden en que se difundieron. Si se considera, por otra parte, que las voces no son otra cosa sino el signo de las ideas, se percibirá que las costumbres de los hombres deben leerse en sus propios idiomas. Y si se añade á todo la utilidad que puede resultar á los navegantes futuros de conocer (siquier sea groseramente) el lenguaje de un pueblo con quien la necesidad le obligue á comerciar, se convendrá en que la aplicacion á esta clase de conocimientos, ni es el ménos importante ni debe mirarse como el último objeto de un viajero ilustrado y filósofo.»

Se extiende despues Viana en la necesidad de ser un poco parco en la formacion de Vocabularios, cuando la estancia de los viajeros en algunos puntos no sea bastante larga; pues á veces los indíge-

nas bárbaros, aburridos de muchas preguntas, suelen contestar de un modo diverso, ó sospechoso cuando ménos. A ellos sólo puede interesarles las bagatelas.

El cacique Latu de aquellas islas dijo al comandante Sr. Ceballos que se había de coser la boca para no responder.

Con mucha oportunidad hace notar Viana que la insuficiencia de signos para expresar los sonidos (sobre todo vocales) propios de ciertos pueblos es un grande obstáculo para escribir regularmente con los alfabetos de Europa las palabras de las gentes salvajes.

Sobre los elementos de la palabra, dice que los insulares no sólo pronuncian nuestras cinco vocales y la mayor parte de las consonantes, sino que *usan de otras articulaciones que no pueden expresar las letras de nuestro alfabeto, de cualquier modo que se combinen*. Lo mismo que muchos americanos.

Añade: «el uso de sincopar la mayor parte de las voces, y el de anteponer á todas las partes de la oracion la palabra *coe*, pueden mirarse como propiedades características del lenguaje de estas islas. No sólo abrevian las dicciones suprimiendo las sílabas del medio, que es lo que constituye la verdadera síncope, sino que pronuncian muchas voces suprimiendo el fin, ó lo que los gramáticos llaman apócope.»

Ejemplo es de palabra sincopada *longu-julu*, diez, en lugar de *taocongo fulo*.

Es el idioma, compuesto, figurado, músico y dictado por el sentimiento. La naturaleza de su sintaxis exige mayor número de acentos. Es rico, prosódico y sonoro. Cuando hablan, dice, parece que cantan. Todas sus canciones están sujetas á una medida rigurosa y la mayor parte rimadas.

Dice que la cadencia de algunas canciones que hicieron varios indigenas á bordo de la *Atrevida*, correspondía al metro de los versos nuestros dichos de *arte mayor*.

La pronunciacion de muchas voces es demasiado gutural.

Sobre el modo de contar, dice, su equivalencia es:

«Uno, *taja*; dos, *hua*; tres, *tolu*; cuatro, *faa*; cinco, *nima*; seis, *ono*; siete, *fito*; ocho, *faulo*; nueve, *guiva*; diez, *taocongo-fulo*; veinte, *wfulo*; treinta, *tacungo-fulo*; cuarenta, *fango-fulu*; cincuenta, *nuna-no fulo*; sesenta, *onongo fulo*; setenta, *filongu fulu*; ochenta, *balugo fulo*; noventa, *giba gofulo*; ciento, *teau*.

»Pero combinan hasta algunas más cantidades».

APÉNDICE.

Por el catálogo de obras y escritores indicados en estos *Apuntes*, y aún otros quizá que no obstante reiteradas diligencias no hayan llegado á mis noticias, se ve con cuánta falta de razon se ha dicho por muchos viajeros que *las lenguas de los indígenas del Nuevo Mundo apenas han sido comprendidas, y rarisimas medianamente estudiadas por nuestros misioneros.*

Otro capítulo de quejas de escritores, ántes apasionados que veraces, consiste en dar por sentado que España y Portugal mandaron á sus dominios de América y Oceanía una pléyada de clérigos desprovistos de instruccion en casi su totalidad.

Los nombres de los beneméritos padres Gaona, Toribio de Motolinia, B. de Sahagun, del eruditísimo padre Andrés Olmos, del padre Jimenez y otros en Méjico; del padre Anchieta y varios otros en el Brasil; del venerable padre Valdivia, de Alfonso Bárcena, de Luis Bolaños, del dominico padre Casillas, de Alfonso de Molina, de Gonzalez Holguin y de muchísimos otros que, á la par de Casas y de Olmedo, desde los primeros tiempos se dieron á conocer como eruditos y como humanitarios, son una prueba de la falsedad de los detractores de nuestra patria.

Con respecto á época posterior, dieron concluyentes muestras de su erudicion, Gumilla con su *Orinoco ilustrado*, Juan de Torquemada con la *Monarquía indiana*, Ruiz de Montoya con el *Tesoro de la lengua Guaraní*, el sábio madrileño Pedro Lozano con sus muchas obras sobre el *Paraguay*, *Chaco* y *Río de la Plata*, el padre Rodriguez con el *Marañon y Amazonas*, Remesal con su *Historia de Guatemala*, y mil otros cuyos nombres sólo llenarian un tomo.

Preciso es confesarlo; con más razon formulan cargos al clero varios autores sobre su intolerancia, su ambicion... y aún acerca de otras cosas que desdecían no poco de su ministerio. Y esto desde la conquista misma.

En la misma *Carta de relacion* del buen Hernan Cortés, se dice al rey el cúmulo de abusos á que por ambicion y otras pasiones se había entregado una gran parte del clero, *señaladamente los canónigos.*

Cuenta el gran Cortés que es un dolor el ver de qué manera y *en qué vicios* disponen los tales de los bienes de la Iglesia; indica el peligro que hay de que los indios caigan en la cuenta de que esos canónigos son sacerdotes, pues perjudicaría á la propagacion del Evangelio, etc., y sienta estas palabras:

«E si agora viesen las cosas de la Iglesia y servicio

de Dios en poder de canónigos y otras dignidades, y supiesen que aquellos tales eran ministros de Dios y los viesen usar de los vicios que agora en nuestros tiempos, en estos reinos ellos usan, sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla.»

Mucho más explícito se halla en otros párrafos.

El reverendo jesuita Simon de Vasconcellos, en su *Chronica da companhia de Jesus do estado de Brazil*, dada á luz en Lisboa en el siglo XVII, y reimpressa últimamente en Rio-Janeiro, dice que uno de los principales obstáculos para la propagacion del catolicismo entre los indígenas, es la mala conducta de una gran parte de los clérigos; añadiendo que *ántes son demonios que ministros de un Dios de paz, en vista de sus actos.*

Acerca de la desmedida ambicion que imperaba en casi todo el clero del Perú, lamentase con sentidas frases, en sus *Comentarios reales*, el buen inca Garcilaso de la Vega; y autores modernos aducen hechos, harto feos en verdad, pero que no pueden contradecirse en manera alguna.

El reverendo padre M. Rodriguez, en su interesante libro *Historia del Marañon y Amazonas*, trae no pocas pruebas de los malos tratos y vejaciones de toda laya á que muchos *curas doctrineros* sujetaban á los pobres indios de sus comarcas, señaladamente los de puntos muy lejanos, hasta el punto, dice, de *hacer con sus exacciones y crueldades caer á los indígenas en la mayor desesperacion* no pocas veces.

Añade que eran muy contados los que de otro modo obraban, y refiere que habiendo ido un indio á quejarse al corregidor del mal proceder del cura doctrinero, hubo aquel de interrogarle sobre quién era más malo, si el corregidor ó el doctrinero; á lo cual el indigena, *despues de una pausa*, contestó así: *Padre, todos sois peores....* Y dice Rodriguez: «Bastante explicó»

Ciertamente, el dicho del indio excusa todo comentario.

Consigna el célebre sabio baron de Humboldt que en más de un ingenio forzaban los jesuitas á penosísimos trabajos á los indios de las reducciones, no obstante haber infinidad de vacas en las cercanías... *porque, dice, ello resultaba en beneficio de la casa.*

Estas palabras del naturalista aleman en su *Descripcion del Orinoco*, están confirmadas en una Memoria de un ilustrado americano, aduciendo nuevos datos sobre la materia de otras muchas partes de América.

La intolerancia y refinada hipocresía del tristemente célebre P. Valverde, tan bien representado en el excelente cuadro *La muerte de Atahualpa*, fué harto funesta en consecuencias.

En un trabajo últimamente dado á luz en la REVISTA EUROPEA, *Castellanos y Vascongados ó La guer-*

ra de los Vicuñas, hacen hartó mal papel más de un sacerdote, promoviendo y atizando discordias entre los soldados; y en muchos otros puntos del Nuevo Mundo atizaron los bandos que debilitaron, hasta en ocasiones supremas, las fuerzas nacionales.

Y hasta públicamente se dieron escenas por demás risibles y grotescas, si ellas no hubiesen redundado en perjuicio grave.

Era en 1569 y el día de la Asunción, cuando ocurrió un encuentro entre los curas de Santa María la Redonda de la ciudad de Méjico y los frailes del convento de San Francisco.

Fué el motivo que habiendo salido una procesion de dicho convento y su capilla de San José, los clérigos de la citada parroquia quisieron impedir esa procesion y el que los frailes dijeran misa en la parroquia.

Salieron los clérigos á la calle diciendo al padre Melchor de Benavente, guardian de los franciscanos (que venía revestido y acompañado de dos sacerdotes indios), que se volviera á su convento; que ellos no consentían que entrasen procesionalmente en su iglesia y ménos que dijeran allí misa.

Y sobre si había de volverse ó no la procesion, «hubo espadas descubiertas, dichos agrios y duros, respuestas groseras é irreverentes; y, en fin, mucho impulso y mucho desacato. Resultando, dice el franciscano historiador, muchos descalabrados, no solo entre indios y españoles, sino que tambien de las mujeres, convertidas aquel día en leonas bravas, unas en pro de los frailes y otras de parte de los curas...» Que todos tenían su partidarias.

«Pero allí quedó averiguado y entendido que los frailes podían, y en adelante salieron á decir misa á Santa María, con procesion y ministros revestidos; y si algun clérigo en adelante se ponía en la calle, era para mirar y no para ser estorbo en nada...»

Así nos lo dice, con muchos más datos de la batalla, de que creo hacer gracia á los lectores, el P. Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*; edificante relato de aquella funcion de guerra clerical que excusa todo comentario, y que no es la única en los fastos en aquellos dias de ferviente, y áun humeante fe, verificada en la vírgen América.

Reunidos tengo documentos de otras tragi-comedias representadas con todo el aparato escénico debido, con los que habría para llenar muchas páginas.

Creo que fuera un servicio publicarlos; mas no opino sea aquí donde deban salir á luz con la extension que la materia requiere.

Pero los apasionados no citan muchos escritos trabajados en pro de los indios, contentándose con señalar al P. Las Casas, no pocas veces exagerado en sus conceptos.

Que fueron no pocos los filántropos autores que

en sus libros salieron en defensa de los indios, no puede ponerse en duda.

Es notable entre ellos la obra de Falconio Aragónés, doctor en ambos Derechos, con el título *De libertate indorum servanda*.

Sobre esta y otras inspiradas en el propio fin habré de formular en breve un trabajo exprofeso.

Por último; la historia de la independendencia americana está llena de hechos de lujosa crueldad de muchos clérigos indignos, y de generosa humanidad por parte de los americanos seglares... Como aquí, en las guerras civiles, los clérigos se hacen notar por inhumanos.

FÉLIX C. SOBROSA

JORGE TICKNOR

(Conclusion). *

Desgraciadamente, uno de los más graves inconvenientes del tono declamatorio es el de sacrificar la verdad al efecto y la profundidad á la brillantez: proclamar á la América la vanguardia del género humano y el porvenir del mundo, es condenar al desprecio á todos los sabios y escritores ilustres, antiguos y modernos, que han empujado la rueda de la civilizacion durante tantos siglos. Mad. de Staël tampoco debía temer que se aceptaran estrictamente sus palabras cuando decía de Mad. Necker de Sansture: «Mi prima Necker tiene todos los talentos que me suponen y todas las virtudes que yo no tengo.» Nada es más fatigoso á la larga que el arte de los epigramas, la ciencia de la antítesis ó la passion del dogmatismo sentencioso.

Lord Byron no podía resistir á Corina; «el solo defecto que tiene es que es insoportable,» decía Talleyrand. Beyle no se hallaba mejor dispuesto en su favor; su jactancia le fatigaba: habiendo comparado un día Mad. Pasta el amor, delante de él, á una teja que nos cae sobre la cabeza, Beyle la interrumpió diciendo: «Añadid cuando pasamos por la calle, y hablareis lo mismo que Corina.»

Chateaubriand, á quien Ticknor encontró en casa de Mad. de Staël, tambien tenía la debilidad del lenguaje declamatorio y altisonante. Hé aquí un trozo ejemplar citado por Ticknor:

«Yo no creo ya en la sociedad europea, me dijo un día; en cincuenta años no habrá un soberano legítimo en Europa; en la Rusia y en Sicilia no entreveo más que el despotismo militar... durante cien años. ¡Ah, durante cien años! Las sombras son demasiado espesas para que pueda sacar el horóscopo

* Véase el número anterior, pág. 821.

del siglo. ¡La desgracia de nuestra situación no es sólo vivir en medio de la decrepitud de la Europa, sino del mundo!» M. de Chateaubriand pronunció estas palabras con un tono tan lúgubre y con una fisonomía tan trágica, que todos quedamos como petrificados, preguntándonos *in petto* si la tierra se hallaría minada bajo nuestros pies. No obstante, después de algunos instantes de sombrío silencio, una voz se aventuró á preguntar: «¿Y qué partido podemos tomar en un peligro tan inminente?» Todos los ojos se volvieron entónces interrogativamente hácia M. de Chateaubriand. «Si yo no tuviese familia, dijo, viajaría, no por el placer de viajar, sino con el objeto de estudiar la crisis formidable que se prepara; iría desde luego á España para juzgar el efecto que allí han producido ocho años de guerra civil; en seguida iría á Rusia para contemplar frente á frente á la nación que amenaza destruir el mundo... Ilustrado entónces sobre la situación de Europa, partiría para Roma; allí me prepararía, no sólo un tabernáculo, sino una tumba, ¡y en medio de las ruinas de tres imperios y de treinta siglos, consagraria á Dios lo que me resta de vida!»

En esta fastuosa ostentación de frases sonoras, la palabra parece hecha más bien para encantar el oído que para nutrir el espíritu; la idea de ir á Rusia y á España para consolarse de la decrepitud de mundo, recuerda la anécdota contada por Waipole acerca de la duquesa de Kingston, que oyendo decir un día que estaba próximo el fin del mundo, declaró que quería partir inmediatamente para China. Hace medio siglo que M. Chateaubriand ha formulado estas tenebrosas predicciones; no sabemos de ningún soberano legítimo que haya sido lanzado del trono por el despotismo militar; la España ha cambiado poco en realidad, á pesar de los acontecimientos que allí han tenido lugar, y la Rusia, con la vecindad del Imperio de Alemania, ya no está considerada como el terror del mundo.

Los oráculos políticos guardan mucha analogía con los divinos, que suelen alguna vez justificarse por los efectos del azar. Tocqueville había anunciado proféticamente á Ticknor que los Estados del Sur se habían de separar algún día del Norte, sin que éste se opusiera á ello; añadiendo que si por acaso el Norte pusiera algún obstáculo á las pretensiones del Sur, sería indudablemente vencido. Humboldt, por otra parte, se esforzaba en demostrar á Ticknor, en 1817, que la esperanza de que el Sur conquistase algún día su independencia, le parecía poco fundada. «El ilustre escritor refutaba sin saberlo los argumentos que Mad. de Staël había empleado por la mañana para probarme que la suerte del Sur no era ya dudosa, lo mismo que nuestra independencia en Yorktown. Hago notar este hecho esperando el acontecimiento que ha de

dar la razón á uno ó á otro de mis interlocutores.»

Ticknor pasó por Génova al dirigirse á Italia. Hizo relaciones con los literatos, publicistas y sabios que constituyen allí la primera clase de la sociedad. «El solo hecho, dice, de pertenecer á las letras ó á las ciencias os asegura en esta población el respeto y la estimación de todos; no creo que exista otra ciudad de 25.000 habitantes en Europa ó en América de la que se pueda decir otro tanto.» Ticknor pasó una velada en Génova con Mad. Rilliet, la mujer que Mad. de Staël distinguía entre todas y de la cual Benjamin Constant decía: «Posee todas las virtudes que afecta.» La conversación era allí más profunda, pero menos brillante que en París; «háy mucha distancia, dice Ticknor, de la gravedad de trato de los sabios genoveses, comenzando por M. Candolle, el ilustre profesor de botánica, á la ligereza con la que los franceses logran deslumbraros.»

En Roma no permaneció Ticknor insensible á las bellezas de la naturaleza ni al interés de los recuerdos; pero allí como en todas partes el atractivo de la sociedad pareció dominar á todos los demás.

«La sociedad en Roma, dice, no tiene semejante en el mundo; la clase elegante y culta es tan poco numerosa, el carácter nacional se halla á tal punto degradado y corrompido, que, aun en su misma capital, los romanos no pueden dar tono á la sociedad ó á los placeres; la Inglaterra y la Alemania tienen aquí ilustres y numerosos representantes; por el contrario, se ven pocos franceses; la grandeza solemne de Roma les mortifica, la antigüedad les repugna porque está en contradicción con su naturaleza. Muchos rusos pululan en los círculos selectos de la sociedad romana hablando con la misma facilidad varias lenguas; pero abdicán tan fácilmente de su nacionalidad y aceptan de tan buen grado la carta de naturaleza de las sociedades que frecuentan, que no puedo ménos de sentir por ellos poca simpatía.»

En 1818 Ticknor llega á Madrid abrumado literalmente de cartas de recomendación. La originalidad y la poesía del carácter nacional excitan en él tanta admiración como sorpresa; lo que parece en los otros países ficción ó sueño, es aquí motivo de observación; Cervantes y Lesage nos proporcionan, como rasgos del carácter y detalles de las costumbres, pinturas que por su fidelidad pertenecen más á la historia que á la novela.

Ticknor considera después de esto la sorpresa que le causó el modo con que España soporta la ausencia de toda administración regular. «Si, nos dice, con todos sus defectos, no ménos graves que reales, falta de policía por una parte, Inquisición por la otra, ausencia de organización judicial y corrupción sistemática y legalizada, el gobierno, si se le puede dar este nombre, parece, sin embargo,

conseguir el objeto que todo gobierno debe proponerse, porque yo no he visto jamás pueblo más obediente y más fiel.» Esto mismo puede aplicarse todavía á las provincias á donde no ha alcanzado el contagio republicano. La poblacion rural sólo desea que se la deje tranquila; votar es para ella una gabela de la que quisiera verse libre.

La excesiva licencia de los dichos arrojados al viento por la multitud durante las corridas de toros, fué para Ticknor motivo de sorpresa; se diría que esto es lo que más llama su atencion en este curioso espectáculo. «Pasaba delante de nosotros un toro terco y de coraje, y los jóvenes espectadores que se hallaban á mi lado le declaraban en voz alta digno de ser presidente de las Córtes; si por el contrario, el animal se mostraba vacilante y receloso ante las provocaciones del picador, se le gritaba y se le insultaba acusándole de ser poltron como un rey!»

Las corridas de toros sirven de válvula á las pasiones de la multitud, como en otro tiempo los espectáculos en Roma; los ecos de los anfiteatros de Flavio y de Madrid, formarían una coleccion de rasgos populares de una trivialidad un poco violenta quizá, pero útil para comprender bien los instintos de las masas.

Ticknor nos ha dejado una descripcion jovial de una comida que le ofreció el obispo de Málaga, epicurista consumado, pero orador elocuente tambien, cuya influencia política contribuyó poderosamente á la constitucion liberal de España.

«Cuando llegué á su casa, cuenta Ticknor, provisto de una carta de recomendacion del Nuncio, quiso festejarme ofreciéndome una suntuosa comida. Invitó al gobernador, al capitan del puerto, á todas las personas con quienes sabía que yo estaba en relacion, y á algunas notabilidades de la ciudad; total, cerca de cuarenta convidados. Cuando el obispo hizo llamar á su cocinero para enterarle de tan vasto proyecto, éste, que conocía los secretos todos de su arte, prometió excederse á sí mismo y hacer de suerte que el mismo rey no comiera tan bien ese dia como el obispo de Málaga. Cumplió su palabra, porque yo no he visto jamás comida tan suculenta y maravillosa; las delicias de la refaccion, preciso es confesarlo, me parecieron verdaderamente incomparables. El pan había sido tomado en casa de un panadero renombrado que residía á 32 kilómetros de la ciudad; el agua se trajo sobre mulos de una fuente que distaba 72 kilómetros, famosa, al parecer, para excitar el apetito y activar la digestion. No sólo contribuía toda España á este festín; sino tambien la Holanda con su repostería, y todos los países de Europa con sus vinos más exquisitos. Este catador apostólico, con su elocuencia, su erudicion y su modo de comer, semeja tan-

to al obispo de Granada pintado en el *Gil Blas*, como es posible en un clérigo del siglo XIX.»

El objeto capital del viaje de Ticknor á la Península consistía, como ya se sabe, en reunir datos y documentos para la obra que se proponía escribir sobre la literatura española; pero hace constar que despues de haber buscado en vano ciertas obras durante cinco meses en Madrid, en Lisboa y en algunas ciudades de Andalucía, las encontró en Paris sin gran trabajo cuando volvió á allá el 22 de Diciembre de 1848.

La sociedad parisien le acogió con no ménos afectuosidad á su retorno que cuando por vez primera la visitó. A pesar de esto, las reflexiones que le inspiran los salones franceses son más bien severas que benévolas. «En Paris, dice, el gran estimulante que os atrae hácia el mundo, es el deseo de conquistar en él una reputación con la agudeza del ingenio. ¡El ingenio! Hé aquí la divinidad que hace las veces de los dioses lares en este país: cuando se ha producido el efecto en un sitio, se marcha á otra parte con el carcaj bien provisto... Brillante, gracioso, superficial y vacío á la vez, tal es el tono general de la sociedad parisien.»

En Enero de 1849 volvemos á encontrar á Ticknor en Lóndres, frecuentando á Holland-House, donde reinaba predominantemente el gusto del ingenio y del saber. Tuvo además la buena suerte de ser invitado á Woburn, tan renombrado por sus recursos cinegéticos. «Llegado allí, dice, la víspera de la clausura de la caza, encontré á todos muy preocupados por la gran batida que iba á tener lugar al dia siguiente. Adair, lord John y yo declinamos el honor de tomar parte; había entre todos once cazadores. Se disparó el primer tiro al medio dia y el último á las seis y media. Cuando se hubo levantado el mantel de la mesa del comedor, el montero vino fastuosamente á enumerar los resultados de la jornada: cuatrocientas cuatro piezas habían sido muertas, de las cuales la mitad eran faisanes. Lord Spencer, el decano de los cazadores, fué en este dia el rey de la caza; libaciones frecuentes, pero no excesivas, saludaron este glorioso título. Pasamos despues la velada de un modo muy agradable: nada más brillante ni más inglés que este ejemplo de la vida y de los placeres de un aristócrata de primera clase en su mansion solariega.»

En Edimburgo, Ticknor hizo amistad con Walter Scott; en Birmingham conoció á Parr; en Haileybury encontró á lord Rusell, Sismondi y Malthus; halló la casa de Milton ocupada por Hazzlit; Ticknor concluye pensando que éste buscaba sobre todo el efecto, no pudiendo atribuir á otra cosa la idea de llamar á Curran el Homero de los chistosos, y al emperador Aléjandro el Carlos Grandisson de la Europa. «Por lo demas, dice Ticknor, el mejor

modo de gozar con estos hombres distinguidos no es tener una conferencia con ellos, sino escuchar cómo discuten todos juntos en un club, no teniendo nada de comun con ellos más que el odio á todo lo que ha obtenido más éxito que sus propias obras: yo he asistido á una de estas reuniones en *Saturday-night club*, y no he visto jamás nada más curioso y divertido.»

Ticknor se halló de nuevo en suelo americano despues de cuatro años de ausencia. El gusto por las ciencias, la predilección hácia las obras del ingenio, distinguían entónces singularmente á Boston; publicistas y sabios como Prescott y Channing podían sostener ventajosamente la comparación con las celebridades europeas. Se concibe bien la explosion de entusiasmo con que Ticknor saluda la roca de New-Puymolth, porque la ausencia no ha atrofiado en él la fibra de la patria.

«Sí, dice, yo no he sentido ante los horizontes de ningun país lo que experimenté percibiendo esta querida roca; no creo que exista otro lugar en el mundo donde el americano se sienta penetrado de tanto orgullo y veneracion como allí donde estuvo el primer hombre que ha servido de base á la poblacion y á la gloria de su país. El Coliseo, los Alpes, Westminster no tienen nada más clásico que esta roca granítica y desnuda, para los ojos del que sabe ver con la luz del espíritu.»

El 10 de Agosto de 1819, Ticknor entró en posesion de la cátedra de Filosofía y Literatura comparadas en la Universidad de Harvard: sobresalía en la pintura de los pueblos que había estudiado recorriéndolos; verdades morales, observaciones ingeniosas, curiosidades literarias, todo venía á cuento en sus cursos expuestos con una palabra precisa y elegante. En Setiembre de 1821 Ticknor contrajo matrimonio con miss Ana Eliot, cuyo padre, rico negociante, había dejado á su hija una fortuna que permitió á los jóvenes esposos, al decir de Ticknor, «vivir cómodamente.» Pero la descripción de su casa, que hemos hallado en las noticias americanas de Hawthorne, atestigua que lo supérfluo forma una gran parte de lo necesario al otro lado del Océano. Su biblioteca constaba de más de diez mil volúmenes.

No entraremos aquí en el detalle de las diversas circunstancias y de los disgustos domésticos que obligaron á Ticknor en 1833 á dimitir su cargo y á emprender un nuevo viaje á Europa con su mujer y sus hijas. Diremos, sin embargo, que ellas aprovecharon la simpatía que había inspirado á la sociedad inglesa, penetrando en los círculos más distinguidos del mundo aristocrático.

Ticknor se sintió movido á dolerse durante este viaje de las trasformaciones que se habían operado en la sociedad inglesa desde que él la había visita-

do: dando cuenta de una comida con varias personas de distincion en Holland-House, hace notar que se le hablaba allí con más tono que en otro tiempo en este mismo sitio. Ticknor permaneció en Inglaterra hasta el mes de Octubre de 1835; despues partió para Dresde, á fin de pasar allí el invierno; durante el viaje se detuvo en Bonn y en Weimar; aquí encontró á Schlegel y á Tieck; en Berlin á Humboldt, Ancillon, etc., etc.; en Savigny conoció al baron Arnheim. Ticknor observa á este propósito en su diario, con una rudeza que haría saltar á Macaulay en su sarcófago, que cuando Bettina escribía sus famosas cartas tenía cuarenta años, y no quince, como se creía generalmente. ¿No es justo con igual motivo recordar que Goethe contaba setenta años en esta época?

Lord Macaulay cuenta que habiendo oido un dia Talleyrand comparar el príncipe de Metternich á Mazzarino, replicó vivamente: «Mucho encuentro que oponer á eso: el cardenal engañaba, pero no mentía; M. de Metternich miente siempre y no engaña nunca.» Parece ser, segun las conversaciones confidenciales á las que Ticknor tuvo el honor de ser admitido en Viena, que el príncipe tuvo noticia de este sarcasmo y se mostraba muy cuidadoso de consagrar su respeto á la verdad. Hablando, pues, de la democracia, decía: «En Europa es una mentira, y yo odio la mentira.» Lo que sigue del relato de esta conferencia, denota constantemente la misma preocupacion por dejar establecido el valor de su carácter moral. «Desde que estoy aquí, decía, he sido siempre el mismo; no he engañado á nadie; por esto no tengo un enemigo personal en el mundo; he tenido muchos colegas; me he visto obligado á alejar y castigar un gran número de ellos, pero no les he engañado, y ni uno solo es en estos momentos mi enemigo; los jefes de partido de distintas naciones me han consultado sobre los grandes cambios y revoluciones que meditaban... Les hablé siempre como hablo con ustedes, franca y sinceramente; despues de esto, alguna vez he arruinado sus proyectos, pero no les engañé jamás, y ahora no son mis enemigos personales.» La conversacion, ó por mejor decir, el monólogo, duró en este tono más de hora y media. En el mes siguiente de Setiembre, Humboldt escribía á Ticknor: «El príncipe de Metternich, á quien he visto en Tœplitz, ha quedado encantado de las conversaciones que con vos ha tenido; aunque nacido en una república, le habeis parecido más razonable que lo que él llama mi liberalismo.»

El segundo viaje de Ticknor á Italia es quizá más fecundo todavía que el primero en anécdotas agradables é instructivas: citaremos solamente una ó dos observaciones generales. Escribe de Roma el 22 de Febrero de 1837 á su amigo Dana: «Me pre-

guntáis si no tengo alguna frase que aliente y anime á un viejo tory; ¡pues bien! no, no la tengo. Lo que el príncipe de Metternich, ese fénix de los torys, me ha dicho y repetido en una conversacion muy curiosa que he tenido con él, está perfectamente conforme con mis sentimientos, y lo estaría aún más con los vuestros si viajáseis como yo viajó: «El estado actual de la Europa me disgusta.»

La marcha progresiva del Nuevo Mundo consuela felizmente á Ticknor de la decadencia del antiguo. «La oposicion de los caracteres, dice, entre el americano y el europeo se revela lo mismo en sus defectos que en sus cualidades: en América se consideran las sanas costumbres domésticas como el punto de apoyo de la sociedad; el americano perteneciente á las clases inferiores tiene más iniciativa y cultura intelectual que el europeo de posicion análoga. En los Estados-Unidos, el hombre es realmente más digno de este nombre que en cualquier otra parte: á pesar de los males que la libertad trae consigo, ningun país ofrece, á mi juicio, tantas garantías de prosperidad material y de satisfacciones morales.»

Si Ticknor hubiese vivido bastante tiempo para ser testigo de los horrores de la guerra separatista, no habría ciertamente aventurado semejante afirmacion. En Nueva-York actualmente, la probidad comercial ha llegado á ser la excepcion y no la regla, y la vida doméstica ya no posee esa pureza que él considera como un mito sobre las riberas del Océano opuestas á las suyas. Un escritor moderno (1) ha trazado fielmente las verdaderas causas de la decadencia moral de los Estados-Unidos. Despues de haber señalado los extravíos y las excentricidades que han alterado el carácter de la mujer entre los yankees, y la han alejado de los cuidados del hogar doméstico y de las funciones para las cuales la ha creado la naturaleza, continúa así este análisis:

«El desórden de las costumbres sigue al de la inteligencia, y es fuerza lamentarse hoy de la moralidad americana con tanta justicia alabada en otro tiempo... La prostitucion se desborda en las grandes ciudades; los dramas domésticos, los asesinatos y los robos se multiplican de un modo espantoso; los establecimientos balnearios son para las clases ricas una feria permanente abierta á los vicios vergonzosos. Por otra parte, las nociones de matrimonio, de fidelidad conyugal y de adulterio pronto dejarán de tener significacion: ¡hasta tal punto se ha generalizado el divorcio!» (2)

(1) Claudio Janet.

(2) Verdadera ó inventada la anécdota siguiente, y las reflexiones de los periódicos que la relatan, corroboran el rebajamiento actual de las ideas morales en los Estados-Unidos: «Un maestro de escuela del condado de Witt ha introducido un nuevo método de castigos: cuando una niña pronuncia mal una palabra, el joven que la interroga tiene derecho á

En una carta dirigida en 1836 á Prescott, Ticknor declara que, despues de todo, no cambiaría su pasaporte americano por ningun otro entre los mil quinientos fechados en Rusia, Francia é Inglaterra, depositados con el suyo en la casa de policia de Dresde. Hace notar, en efecto, cuán pocos ingleses ha encontrado en los veinticinco principales salones de Paris, donde él ha sido tan cordialmente acogido. Esto nos recuerda á aquel americano que reconociendo en uno de los salones del barrio Saint-Germain á lord Cantelupe, le dijo con un tono protector: «Me alegro muchísimo de ver á Vuestra Señoría en esta sociedad.» Es cierto que hubo un tiempo en que un inglés distinguido por su nacimiento y su clase se encontraba muy honrado con ser admitido en los mismos círculos que un simple viajero americano. ¿En qué consistía esto? Una mujer de inteligencia superior y que ha tenido muchas ocasiones de observar á los ingleses y americanos, dice que los méritos de los unos y de los otros han sido señalados con mucha finura por un maestro en el arte de la ironía y del sarcasmo: «Quitad al noble lo que le hace amable y tendreis un inglés; quitad al inglés lo que le hace soportable y tendreis un americano.»

Aunque nosotros no admitimos la superioridad del americano sobre el inglés en la manera de conducirse, en la amabilidad y en los modales distinguidos, es justo decir que éste no sabría sin fortuna, sin reputacion, sin título, sin posicion social, llegar de un salto á la situacion que Ticknor conquistó en el extranjero. En Francia, el americano no inspira celos ni rivalidad; es una de las causas que hacen su éxito más fácil y seguro; sé que hay que tener en cuenta otras condiciones de su misma nacionalidad; viene de un país donde los ciudadanos no gozan de ninguna preeminencia, de ningun privilegio, de ninguna prerogativa sobre los demas; no se le puede exigir que haya nacido en cuna elevada, ni se le puede acriminar al que no sea conde ó marqués; se aprovecha de la oscuridad originaria porque el valor personal tiene tiempo á demostrarlo. Además, el americano se vanagloria de sí mismo y se pone enfrente del mundo enteró como si ignorase por completo lo que es estar frente á un superior.

Es ocasion ahora de hablar de la opinion poco benévola de Hallem y de S. Smith sobre la aristocracia de su propio país. «Quedé muy sorprendido, dice Ticknor, de escuchar un dia á estos dos ilustres escritores, que la aristocracia ha distinguido tan particularmente, lamentarse con tanta violencia como amargura de la opresora influencia de esta casta

darla un beso. El *Clinton Public* dice que el resultado de esto es que las muchachas olvidan todo lo que saben pronunciar, pero que los muchachos hacen notables progresos.» (*Los Estados-Unidos contemporáneos*, por C. Janet.)

privilegiada;» pero añade que aquel mismo día, comiendo con Sidney Smith en Lansdowne-House, pudo observar en la manera con que este brillante convidado se abandonaba á su inspiracion y al éxito que sus palabras producian, que la opresion de la cual se quejaba por la mañana era mucho más imaginaria que real.

Ticknor volvió á Boston en el verano de 1838; trabajó aquí durante diez años en su gran obra sobre la literatura española. Tres ediciones de esta obra se sucedieron rápidamente; la cuarta apareció despues de su muerte, revisada y corregida cuidadosamente por manos amigas. También es cierto que habiendo pedido la reina Victoria á Macaulay que le indicase un nuevo libro interesante y agradable, este aconsejó á S. M. la *Historia de la literatura española*, por Ticknor de Boston (1).

El movimiento progresivo, impetuoso y universal de la sociedad inglesa hácia los goces del lujo, señalado ya por Ticknor en su último viaje, se ha desenvuelto considerablemente desde entónces. «La vida de Lóndres, dice, amenaza llegar á ser insostenible. El almuerzo, que en otro tiempo siempre era ligero y frugal, se va asemejando cada vez más á la comida, por el número de los convidados y por los platos que se acostumbra á servir. «Nota bene» el vino y los manjares calientes que no se veían en otro tiempo, son de rigor hoy. El *lunch* se ha propagado igualmente. En cuanto á la comida, me limitaré á decir que dura desde las nueve ménos cuarto hasta las once. Se ofrece con cada plato dos clases de vino, lo que no he visto jamás hasta ahora: tal refinamiento nada bueno promete, pero ¿qué hacer contra la fuerza de las nuevas corrientes?»

Ticknor escribía desde Roma en Enero de 1851: «El lujo se propaga aquí de una manera escandalosa; los tocados femeninos ganan cada día terreno en longitud y latitud. Por el contrario, las costumbres del clero se han hecho mucho más dignas. En 1836 fui invitado un domingo á pasar la velada en la quinta Borghèse; encontré allí siete cardenales jugando al whist; este año no he visto uno siquiera con las cartas en la mano.»

El París del segundo imperio maravilló á Ticknor sin agradarle; prefería mucho más el París monárquico de 1838.

«La atmósfera, dice, es muy distinta; París ha perdido completamente su antigua fisonomía; las tradiciones que han formado su gloria en el pasado han desaparecido; ¿cómo han sido reemplazadas? Bajo el punto de vista exterior, París es la ciudad más bella, la más seductora que existe en el mundo; pero cuando se ha conocido los salones de otro

tiempo, donde los hombres ocupados en grandes negocios desplegaban por la noche al descansar todos los atractivos de su ingenio, se comprende que las prosperidades de la vida material, por brillante que sea, no pueden sostener el parangon con semejantes recuerdos.»

En 1860, Ticknor volvió á América; escribe en esta época á uno de sus amigos de Inglaterra, Head, á propósito de la visita del príncipe de Gales á los Estados-Unidos, una carta que produjo esta respuesta: «Vuestras apreciaciones sobre el viaje del príncipe son muy juiciosas. He leído á la reina el pasaje de vuestra carta en que habláis de la influencia que este acontecimiento debe ejercer sobre el porvenir de ambos pueblos. Espero que me perdonareis esta indiscrecion.» En 1858, Ticknor no se hacía ilusiones sobre la inminencia de la crisis que se aproximaba poco á poco. «Aquí nos hallamos, decía, en un estado de confusion indescribible.» En 1863 daba una nueva prueba de su perspicacia, escribiendo: «Cuanto más se adelanta, más difícil se hace la solucion del problema; el porvenir se presenta cada día más negro; lo que nos espera no depende de los jefes de partido, ni del resultado de las elecciones, ni de los argumentos más ó ménos perentorios; será preciso cortar por lo sano y acudir á las armas... He tenido siempre esta conviccion desde el negocio del fuerte Sumter, y nada puede disuadirme de ello.»

La muerte de Prescott (25 de Enero de 1858) dejó para Ticknor un vacío cruel. Trató de llenarlo, en la medida de las fuerzas humanas, escribiendo la vida de su amigo. Ticknor tenía setenta y dos años cuando emprendió esta biografía. Vivió hasta los setenta y nueve, conservando hasta el fin las facultades más delicadas del espíritu y el gusto apasionado por las letras. Murió el 26 de Enero de 1871. El primer día de este mismo año, uno de sus amigos le encontró leyendo por cuarta vez la vida de Scott; y como fuese á consultar con el amable anciano las lecturas á que debía dedicarse, éste le contestó: «Leed la vida de Boswell, ó bien la de Cowper, por Southey, ó las de Mackintosh, de Scott, de Southey; ¡las memorias son tan ricas!»

Pues bien, nosotros, dirigiéndonos á los lectores inteligentes, les diremos: Léed á Ticknor, porque estamos persuadidos de que esta lectura os habrá de proporcionar placer, instruccion, y perfeccionamiento á todos.

(Quarterly Review.)

(1) Vida y correspondencia de Macaulay.

EL PROBLEMA RESUELTO.

Questo decreto, frate, sta sepulto
 Agl'occhi di ciascun il cui ingegno
 Nella fiamma d'amor non è adulto.

(DANTE—Paradiso.)

A ciencias de voluntad
 Les hace el estudio agravio,
 Pues amor, para ser sabio,
 No va á la Universidad...

(CALDERON.—*Casa con dos
 puertas.*)

Cuentan que Edgardo amaba á Margarita
 Con un amor, por grande, sin ejemplo.
 Y á esta pasion indómita, infinita,
 Dentro del corazon alzóle un templo.

Aunque Edgardo es un sabio, en vano ayuda
 Fué á pedir á la ciencia en tal problema,
 Y concluyó afirmando que es, sin duda,
 Un loco el corazon y amor su tema.

Él, que todo lo inquiere, siempre quiso
 Ignorar si su amor pagaba el de ella;
 Que el ánsia de saber, un Paraíso
 Costó al sencillo Adán y á Eva la bella.

Mas una tarde y á la luz de ocaso
 En solitaria senda se encontraron:
 Ella detuvo el vacilante paso,
 Él detuvo su paso—y se miraron.

Tembló Edgardo, y, aún ántes que su boca,
 ¡Te adoro! dijo inexplicable lloro;
 Ella, sin escucharle, de amor loca,
 Con breve acento dijole ¡te adoro!

Entónces algo que esperar no pudo
 Convierte al pensador en delirante,
 Y, mirándola siempre fijo y mudo,
 Sueña así que discurre el pobre amante:

—«Aquel que adora ríndese y se humilla:
 »Ante lo mismo que á adorar le mueve:
 »Margarita me adora, y su rodilla
 »Veré doblarse á mi presencia en breve.

»Problema:—si yó adoro á quien me adora,
 »¿Cómo más que de hinojos me humillara?...»
 Aquí Edgardo detiéndose y no llora
 ni medio alguno su razon le aclara.

Brilla, súbito en esto, su pupila
 Con misteriosa luz, siéntese yerto,
 Lleva la mano al corazon, vacila,
 Lanza un hondo suspiro—y cae muerto!

F. DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

EL CEMENTERIO DE SAN NICOLÁS, DE MADRID.

Una vez más vuelve á ponerse á discusion el tan debatido asunto del sitio en que han de colocarse los sepulcros, tratando de armonizar los preceptos de la ciencia con el cariño y veneracion que tributarse deben á los restos de aquellos seres amados ya en fria ceniza convertidos, si bien todavia su recuerdo viva eternamente en nuestros corazones.

La idea de tener los cadáveres cerca de los sitios poblados es muy antigua. Los romanos practicaban las inhumaciones dentro de la poblacion y en las casas, hasta que más tarde la ley de los decemviro ordenó quemar é inhumar dentro de los muros de la ciudad.

La prescripcion fué rigorosamente observada hasta que finalizó el imperio. La costumbre despues, y el fervor religioso, hicieron de los templos depósitos de cadáveres; y la palabra cementerio, cuya etimología es dormitorio, fué aplicada por vez primera por los cristianos á los tétricos y sombríos recintos de la muerte, donde la pasion enmudece y el silencio reemplaza á los afectos de amistad, de amor y de familia.

Los gritos de la ciencia y las duras lecciones, recibidas por la experiencia, como hemos tenido ocasion de demostrar en uno de nuestros anteriores trabajos (1), contribuyeron á colocar las necrópolis fuera de poblado.

Los graves inconvenientes de hallarse reunidas las moradas de los vivos y muertos, no hay para qué enunciarlos, pues, entre la multitud de ejemplos que pudieran citarse, baste decir que en el año 1783 fué imposible celebrar misa en la parroquia de San Sebastian de Madrid por espacio de ocho dias, á consecuencia de la ruptura de uno de los sepulcros. Además, las diferentes epidemias producidas por el mefitismo cadavérico en épocas diversas en varias poblaciones de España, son motivos más que suficientes para establecer los referidos sitios lejos, muy lejos de las ciudades.

Pero al lado de estas incontestables razones que sugieren siempre que la cuestion se menciona, no puede ménos de hacernos meditar profundamente la contemplacion de las especiales circunstancias que concurren en algunas necrópolis respecto á los recuerdos que dentro de sus frios muros guardan.

De tal suerte he meditado al pasear por las solitarias calles del cementerio de San Nicolás, cuando he acudido al referido sitio llevado por el deseo de

(1) *Historia de los desinfectantes*, por el autor de este artículo. Memoria (premiada por la Real Academia de Medicina), donde se trata la cuestion de cementerios bajo el punto de vista científico.

rendir un póstumo tributo á la memoria de mi padre amantísimo.

Situado en las afueras de la antigua puerta de Atocha, siguiendo el camino de la izquierda, frente á los talleres de construcción del ferro-carril del Mediterráneo y lindante con el de San Sebastian, está provisto en su parte anterior de alta y elegante verja férrea, con un jardín frondoso donde aromáticas flores amenizan el vestibulo de la muerte, que tal puede llamarse la entrada de tan lúgubres estancias. Despues del pórtico, en donde hay inscripciones alegóricas, se penetra en el primer patio, donde se halla la capilla destinada á los sufragios, y á los lados existen las sepulturas en nichos, cuya costumbre tanto se ha criticado en los cementerios españoles, y á la verdad con no escasa razon. Bajo el punto de vista higiénico, no puede ménos de reprobarse el hacinamiento de cadáveres, cuya putrefacción ha de dar por necesario resultado una serie de manantiales de miasmas que siempre están más en contacto con la atmósfera que los sepulcros que se hallan á la necesaria profundidad en el terreno.

Siguen despues otros diferentes patios donde se hallan los sepelios de análoga manera colocados, y en todos ellos grandiosos monumentos destinados á perpetuar la memoria de ilustres varones cuyas cenizas reposan bajo aquellas piedras.

Pero dejando á un lado estas interesantes consideraciones, no podemos ménos de meditar la importancia que tiene el conjunto de tumbas allí reunido, en términos que no debemos vacilar en calificarle de panteon de celebridades, pues la casualidad ha unido gran número de lumbreras en varios ramos de la sabiduría humana.

La literatura ha de mirar como sagrado el sepulcro del gran Calderón de la Barca, genio cuyas centellas pueden tan sólo compararse con las del inmortal Shakspeare, pues vivirán eternamente las sublimes concepciones encerradas en *El mágico prodigioso* y *La vida es sueño*, suficientes por sí solas á colocar en la cima del parnaso universal á su privilegiado autor. Allí vemos tambien reunidos gran número de ilustres poetas contemporáneos. Espronceda, el cantor de la humanidad en su no acabado pero inestimable poema *El diablo mundo*, émulo de lord Byron y de igual alcance en sus privilegiadas imágenes; Larra, el desgraciado y severo crítico que, con el conocido seudónimo de Figaro, ha dejado imperecedero renombre en las letras; Luis de Eguilaz, el autor de *Verdades amargas*, y el que, años despues, legó á nuestro teatro la estimada joya denominada *La cruz del matrimonio*; Rodriguez Cao, malogrado jóven, esperanza de la literatura y crisálida que, á convertirse en mariposa, hubiera sido una de las glorias patrias, á juzgar por

las brillantes muestras que á su corta edad produjo.

Allí vemos otra multitud de nombres, todos dignos de pasar á la posteridad, como acontece con los ilustres repúblicos Mendizábal, Argüelles, Calatrava, Muñoz Torrero y Olózaga, que cualquiera que sea la parcialidad política en que hayan militado, nadie deja de reconocerles privilegiado talento y virtudes cívicas, áun cuándo tuvieran como humanos seres sus defectos. Allí hay ilustres estadistas, como el que recientemente ha ido á ocupar un sitio en aquella necrópolis, el Sr. D. Fermin Caballero, cuya tumba, cerrada apénas, no ha dejado todavía secar las lágrimas que vierten por él los amantes de las letras, que con entusiasmo miraban su cabeza encanecida lanzar ideas llenas de la frescura que pudieran encerrar las obras de un jóven de lozana y vigorosa imaginacion. No son por desgracia tan frecuentes los ejemplos de estos preclaros ciudadanos para que no procuremos conservar el recuerdo de su existencia y no nos envanezcamos con que hayan nacido entre nosotros y háyanse llamado tambien, como nosotros, españoles.

Artistas como Guzman, Piquer y Salas; hombres de ciencia como Villanueva Solís y Ruiz Gomez, ilustre médico el primero y honra del profesorado español; naturalista y químico el segundo, hijo del sabio botánico expedicionario al Perú en el pasado siglo, al que debe la humanidad el descubrimiento de interesantes remedios que han contribuido á librarla de los horrores de terribles enfermedades. Todos ellos reposan en aquel augusto recinto, suficiente á ser engrandecido y venerado por contener tales restos, que todo español debe mirar como sagrada reliquia.

Pues bien; ya que por ventura se hallan juntos, si por efecto de la necesidad hubiera que trasla darlos algun dia, no los separeis, para que podamos ver reunida tanta gloria y grandeza mostrando al mundo entero que España tiene hijos ilustres y sabe honrar dignamente sus cenizas.

Nada diremos respecto á las condiciones higiénicas de este Campo Santo, porque nos llevaría á muy extensas consideraciones, deducidas de los estudios químico-médicos á que nos dedicamos hace años. Creemos, sin embargo, que, como los demas de la poblacion, sin hacer excepcion alguna, se hallan muy próximos á ella, y todos absolutamente, sin fijarnos en alguno determinado, deben retirarse por mandato de la ciencia para que sus emanaciones no lleven á su seno prematuramente mayor número de individuos; pero al propio tiempo creemos que deben atenderse los intereses creados, sin lastimar derechos justamente adquiridos.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

IV.

Señores: Como complemento de la última conferencia, y ántes de hacer la oportuna aplicacion de lo que en ella dije á la estructura geológica de nuestro suelo, me parece oportuno indicar los rasgos principales que caracterizan la vida del globo en los diferentes periodos de su interesante historia; estudio, sobre ameno, de la mayor trascendencia, pues sólo á favor de este dato ha podido el hombre descifrar los múltiples y variados acontecimientos que en el globo ocurrieron ántes de su aparicion.

La vida no es contemporánea del origen de la tierra; las condiciones químicas y termométricas en que durante incomensurables espacios de tiempo se hallaba esta, no permitieron ciertamente la aparicion de los seres que la representan. Sólo despues de muchos miles de siglos, tal vez millones de años, cuando por el enfriamiento y oxidacion de la superficie formóse la costra sólida y surgieron por erupciones de la materia candente del interior las primeras montañas y descendieron de las altas regiones atmosféricas las aguas, ocupando ya de un modo definitivo las grandes depresiones, dando origen á los mares; cuando todo esto, digo, se hubo realizado, ocurrió la aparicion de las plantas y de los animales como genuinos representantes del organismo y de la vida. Acerca de la indole de semejante acontecimiento, poco ó nada sabemos, y si algun dia llegamos á conocer algo, será precisamente lo que la ciencia paleontológica nos enseñe. Veamos, pues, fundados en los últimos descubrimientos científicos, cuáles son los rasgos característicos del desarrollo de dichos seres, si no desde su verdadero y primitivo origen, al ménos desde que dejaron las huellas inequívocas de su existencia en el fondo de los océanos en que vivieron. En este concepto, conviene advertir que durante los primeros periodos de la historia terrestre todos los animales y plantas fueron esencialmente marinos, bien sea debido á la inmensa extension que entónces ocupaban las aguas saladas, ó quizás tambien por no haber empezado aún la existencia de los lagos por efecto de la configuracion y circunstancias especiales de aquellos continentes, sobrado exiguos sin duda para la realizacion de tan importante manifestacion hidrográfica. Tambien, en tésis general, puede decirse que si bien mirado en globo se nota un verdadero progreso en el desenvolvimiento de la vida desde lo

simple á lo complejo, empezando por las plantas de organizacion más sencilla hasta la más complicada, y desde el protoplasma animal hasta el hombre, si se examina el reino orgánico en detalle, exento el ánimo de toda preocupacion de escuela ó de sistema, se verá que no responde siempre en su sucesiva aparicion al fundamento de ciertas doctrinas en apariencia seductoras. Con efecto, y descendiendo ya al terreno de la práctica, puede asegurarse que el primer periodo de la existencia de la vida se caracteriza por la aparicion de todos los tipos, así del reino vegetal como del animal; reptiles, batracios, peces, articulados, moluscos, foraminíferos y zoófitos, junto con plantas de organizacion sencilla y tambien compleja, todo se desarrolla durante los tiempos paleozóicos, en los cuales la mayor uniformidad de las condiciones biológicas imprimía á los seres vivos un sello de cosmopolitismo en su distribucion, que ya no alcanzaron en tiempos posteriores.

Los crustáceos trilobites, la primera aparicion de los peces, el extraordinario desarrollo de los cefalopodos nantilideos, y la primera manifestacion del reino vegetal, distinguen el terreno silúrico; los arrecifes de zoófitos, los crinoideos de formas caprichosas y sin precedente, y una vegetacion digna precursora de la carbonífera, aunque más monótona y uniforme, caracterizan el devónico; los primeros reptiles y anfibios, muchos y variados peces con braquiopodos de extraña organizacion, insectos, y sobre todo la exuberante Flora que dió origen al carbon mineral por excelencia ó ulla, distinguen el terreno por antonomasia llamado carbonífero; por último, la extincion de los trilobites, algunos peces y anfibios con plantas dicotiledóneas retratan el terreno pérmico, durante cuyo espacio de tiempo nótese una disminucion en los representantes de la vida, que forma singular contraste con la variedad y riqueza de organismos que se advierte en los terrenos anteriores. Este hecho, único en la historia de nuestro planeta, espera todavía una explicacion satisfactoria; pudiendo decir por el momento que no se ajusta, ántes por el contrario, es todo lo opuesto que puede ser á la teoria evolucionista, cuyas pretendidas leyes de la seleccion natural, de la herencia y competencia por la vida, diríase habian quedado en suspenso sólo durante el terreno pérmico, para entrar de nuevo en funcion y con notorio vigor, desde el comienzo del periodo mesozóico hasta nuestros dias.

El carácter orgánico más culminante del trias, jurásico y cretáceo, que en conjunto representan el segundo ciclo de la organizacion terrestre, consiste en el desarrollo de los grandes reptiles y en la aparicion de las primeras aves y mamíferos. Sin embargo, puede decirse, y con sobrado fundamen-

to, que el período mesozóico representa el imperio herpetológico, figurando animales, no sólo notables por su talla colosal, sino por una variedad y riqueza de textura como no se ha visto en tiempos ni anteriores ni posteriores. Reptiles andadores como el cocodrilo, nadadores como el actual cisne, cuyo aspecto reproduce la forma general del cuerpo, y por último, voladores, no sólo á la manera del vampiro, sino que adornada la cola de plumas, si es que el sér que ofrece esta particularidad y que he tenido el gusto de ver en el Museo británico de Londres, no es más bien un ave con cola de reptil, que es á la idea que responde el nombre con que se ha designado tan curioso objeto, procedente de las calizas jurásicas de Solenhofen (*Archæopteryx*.) Dentro del tipo vertebrado reptil, nótase otra anomalía digna de tenerse en cuenta, por estar en contradicción con la pretendida evolución orgánica, pues en medio de tanta diversidad de formas y estructuras, no se encuentran representantes del grupo inferior de los ofidios ó serpientes por donde, según el orden natural y lógico, debió aquel aparecer, siendo preciso admitir que en este punto hubo una verdadera regresión, teniendo que llegar al terreno terciario, y precisamente cuando ya las otras formas más perfectas habíanse extinguido, para ver surgir representantes del orden más inferior.

Con los grandes reptiles aparecen los mamíferos, empezando por los didelfos, que tampoco son los más rudimentarios ó imperfectos, ocupando un lugar intermedio entre los monotremas y los marsupiales; las aves, y con ellas y los anteriormente citados, una Fauna y Flora rica y variada, ofreciendo un sello intermedio, así en sus representantes como en la distribución geográfica, entre los que precedieron y los que le siguen, caracterizan este segundo período de la historia de la vida terrestre.

Por último, el sello que distingue á la vida terciaria es bajo muchos conceptos el de la actual, razón en que autoridades muy respetables fundan la agrupación en una de las dos grandes épocas cenozoica y neozoica. Con efecto, aparecen durante el período terciario, y casi desde su origen, todos los grupos de mamíferos y muchos de aves; los reptiles y peces, aunque aquellos en verdadera decadencia, se enriquecen con nuevas formas; los moluscos adquieren un desarrollo tal, sobre todo en los acéfalos y gasterópodos, que sólo es comparable con lo que hoy vemos en los mares, en los lagos, ríos y tierra firme; la Flora osténtase también muy rica y variada, afectando en su distribución accidentes muy análogos á los actuales. Y si ulteriores y diligentes pesquisas confirman un día la primera aparición de nuestra especie, hoy tan sólo sospechada por raros y dudosos vestigios de

su industria en los horizontes mioceno y plioceno, éste sería un dato decisivo en favor de la agregación del terciario al cuaternario.

Terminada ya esta reseña del desarrollo de la vida en el globo, procedamos á la indicación de la estructura geológica de nuestro suelo, de la que pueden considerarse como corolario ineludible su orografía é hidrografía, tan estrechamente relacionadas con la Agricultura peculiar de sus diferentes regiones.

Considerada en su totalidad, puede decirse que la Península ibérica representa una unidad geográfica y geológica, por más que circunstancias políticas hayan levantado barreras más insuperables que las naturales entre dos pueblos hermanos, que en rigor debían estar, más bien que separados, tan unidos como sus montes y ríos que, empezando en España, continúan y terminan en Portugal. Otro tanto sucede con los terrenos, expresión fiel de su composición geognóstica, los cuales, más ó menos relacionados con la cordillera pirenaica ó independientes de la barrera que geográfica y políticamente nos aísla de Francia, penetran también en el vecino reino, formando la base de su suelo así geológico como agrícola, circunstancia que, como es natural, establece nuevos y más estrechos vínculos, que los hombres desprecian ó olvidan. Aun prescindiendo de su relación con Europa, mirada en globo la Península, bajo el punto de vista de su relieve, ofrece el aspecto de un cono truncado, cuyo eje se halla próximamente en Madrid, con vertientes á todas las costas, un desnivel de 656 metros por 80 leguas próximamente de proyección horizontal, y una inclinación en la masa total hácia Oeste, circunstancias todas que resuelven por sí la fórmula del desenvolvimiento de nuestro sistema hidrográfico. Aquella forma, hija del relieve, la altura de su centro, el carácter de sus llanuras y costas, y el sello, por fin, de la geografía física de esta sección accidental de nuestro continente, todo es debido á la naturaleza variada de sus terrenos, á su especial estructura y á los movimientos que han experimentado en distintas épocas. Con efecto, el vértice truncado del cono hállase constituido por las dos grandes mesas de ambas Castillas pertenecientes al terreno terciario lacustre, que por uno de esos movimientos tan frecuentes en la débil costra terrestre, fueron levantados en masa hasta muy cerca de 700 metros sobre el nivel del mar, imprimiendo un sello propio al centro de la Península. Alrededor de esta especie de tumefacción ocurrida en tiempos relativamente modernos, pues no va más allá del promedio de la época terciaria ó cenozoica, se hallan como coordinados los otros materiales que en diferentes agrupaciones representan la complicada estructura geológica de España. Las formaciones graníticas y porfídicas representan, digámoslo

así, fuera de algun manchon aislado, la línea más externa por el E. N. O. y S. de las mesas centrales, ocupando la cordillera pirenaica, con alguna interrupcion hasta Galicia y gran parte de Portugal, la cordillera carpetana con sus ramificaciones en territorio de Madrid, Segovia, Avila, Toledo, Cáceres y Badajoz, la de Sierra Mariana ó Morena, la Nevada y de Ronda, donde entre otras rocas la serpentina adquiere un desarrollo tan extraordinario, que, segun el eminente cuanto modesto geólogo Mag Pherson, iguala y tal vez excede en extension é importancia al mismo Montblanc. Como complemento de los materiales llamados eruptivos, debemos hacer mencion de las pocas regiones volcánicas de nuestro territorio, reducidas á la de Olot y Castellfollit, á las islas Columbretas, Orihuela, Cabo de Gata, Mancha Baja ó Campo de Calatrava, y un pequeño volcan recientemente descubierto no léjos del Monasterio de piedra en Guadalajara.

De los terrenos de sedimento anteriores al terciario mioceno, que además de las citadas mesas de ambas Castillas ocupan y representan las principales cuencas hidrográficas, como la del Ebro, Guadalquivir, Júcar, Segura y Guadalquivir, el silúrico y el devónico, con frecuencia casi confundidos, puede decirse que comparten con aquel y las formaciones plutónicas la estructura geológica de la Península. Gran parte del territorio de las provincias de Oviedo, Lugo, Leon, Zamora y Salamanca lo forman los materiales de estos terrenos y del carbonifero, pero en especial los del silúrico, que penetra en el reino lusitano por el distrito de Trás os Montes y se extiende considerablemente hácia el Sur. Sin más interrupcion que la determinada por el grupo granítico de Guadarrama, que en direccion al Oeste forma las sierras de Gredos, de Gata y de la Estrella, se continúa el silúrico en la region extremeña, española y portuguesa, donde alcanza un notable desarrollo como ramificacion de la sierra Mariana ó Morena, cuya complicada y aún no esclarecida estructura geológica está muy principalmente representada por dicho terreno, íntimamente enlazada con el devónico y con algunos manchones carboniferos, tales como el de Belmez y Espiel. La provincia de Huelva y los Algarves de Portugal casi en su totalidad, las de Badajoz y Cáceres, de Ciudad-Real y Toledo, de Córdoba, Jaen y Granada, hállanse en gran parte enclavadas en el silúrico, al cual probablemente debe tambien pertenecer todo lo que en el mapa de Verneuil figura como depósitos metamórficos, mal llamados terrenos, pues el metamorfismo no es peculiar de ningun período terrestre, cuyos materiales, en su mayor parte pizarrosos, se extienden por las provincias de Granada, Almería, Málaga y algo de la de Sevilla. En Cataluña y Aragon obsérvanse algunos

manchones de dichos terrenos, imprimiendo carácter á las comarcas de los famosos vinos de Carriena y Priorato.

Los terrenos secundarios están infinitamente menos desarrollados que los primarios y terciarios, y ocupan en contraposicion de aquellos, aunque no de un modo continuo sino en porciones aisladas, gran parte de Navarra y de las Provincias Vascas (cretáceo), la de Búrgos, Soria, Guadalajara, Cuenca, Valencia, Alicante y Murcia. En la de Castellon y parte de la de Teruel y Tarragona el cretáceo adquiere bastante desarrollo, compartiendo con el jurásico y el trias, siendo su composicion, en la cual dominan las calizas, las arcillas y margas y las areniscas, muy conveniente á la tierra vegetal, cuya diferente coloracion indica muy bien el elemento dominante.

Por último, el terreno neozoico ó cuaternario hállase en la Península representado por las formaciones tobácea, aluvial y diluvial, y por la turbosa que imprime carácter á determinadas comarcas. El diluvium constituye el fondo del suelo vegetal de las principales vegas de la Península, tales como la llamada huerta de Valencia, las de Granada, Córdoba, Sevilla, Zaragoza y la que sirve de asiento á Madrid comunicando á sus alrededores condiciones agrícolas especiales. La formacion de la turba obsérvase en los Alfaques del Ebro, en toda la costa de Castellon y Valencia, en las marismas del Guadalquivir y en otros puntos. La tobácea constituye casi por sí sola la pequeña cuenca del famoso rio Piedra, y se encuentra tambien en todos los puntos ocupados por rocas calizas, bien sea formando depósitos de travertino al exterior ó estalactitas y estalacmitas en el fondo de las cavernas.

J. VILANOVA.

12 Diciembre 1876.

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

La Constitucion política de Inglaterra.

El Sr. Moreno Nieto, que usó de la palabra, comenzó manifestando que, en su opinion, el debate había tomado una direccion y un sesgo distintos de los que convienen á la precision en que el tema se halla redactado. La cuestion religiosa tratada de un modo incidental y en lo que tiene de más práctico y político, alejó á los oradores precedentes del estudio meditado y serio de la Constitucion inglesa.

El tema, segun el orador, ofrece dos partes bien definidas y distintas; una parte histórica, donde debe estudiarse el origen y desarrollo de las instituciones inglesas; y otra parte filosófica, donde se trata de averiguar hasta qué punto son asimilables estas instituciones á la política de los demas Estados. Para entrar en su exámen, preciso es ante

todo comprender el carácter verdadero de la Constitución de Inglaterra y su proceso histórico; contemplar después cómo se han desenvuelto las Constituciones políticas de los demás pueblos de Europa, y hacernos cargo, por último, del estado en que los países latinos se encuentran, y de los remedios que se nos presentan para aliviar nuestros males.

La primera pregunta que nos sale al paso al dar comienzo á este estudio es: ¿por qué atendemos precisamente á la Constitución inglesa y no nos fijamos en cualquiera otra Constitución? Consiste, señores, en que Inglaterra es la patria de la libertad constitucional, como la Judea es, por excelencia y para todos, la tierra de la religion. La Constitución de Inglaterra no sólo se preconiza por los demócratas, sino también, y con más razón, por los conservadores. En la política de aquel país hay algo enteramente opuesto á las ideas democráticas y radicales. Allí hay una monarquía y una aristocracia que influyen poderosa y casi decisivamente en la marcha de su gobierno. Por esto los principios de la Constitución inglesa no son los del partido radical, sino los del conservador.

Prévias estas breves consideraciones, entramos á examinar la primera parte del tema.

¿Qué es la Constitución inglesa? ¿Cuál es su carácter? ¿Cuáles los factores que la han formado? Para el orador es un producto natural y espontáneo de la civilización europea. Y dice esto para indicar la participación que en ella han tenido solidariamente los demás países de Europa. Las antiguas sociedades descansaban siempre sobre un principio único que avasallaba y eclipsaba á todos los demás, que unas veces era la monarquía, otras veces era la aristocracia, la religion ó el derecho. Muy distinto es el carácter de la civilización europea; es el verdadero contraste de la antigua civilización. Desde la aparición del Cristianismo, que trae consigo la fecunda división entre lo temporal y lo espiritual, ya es un solo poder el que forma la base de los Estados. No es un solo elemento el que se desenvuelve y crece negando y excluyendo á todos los demás; son varios los que luchan sosteniendo con igual constancia su derecho. El elemento religioso, el civil, la monarquía, la democracia, todos combaten, y esta lucha singular da por resultado una gran vitalidad para las naciones. Por eso es tan grande en mi concepto la Edad Media, porque de sus turbulentos choques y oposiciones surgió lo moderna civilización. No acontece otro tanto con las civilizaciones orientales, que se paralizan y languidecen nada más que por la ausencia de variedad y de lucha. Dentro de nuestra cultura, ningún elemento puede morir; si alguna vez parece eclipsado ó abatido, es para resucitar al día siguiente con nueva fuerza y vigor.

En la Constitución de Inglaterra resalta en más alto grado que en ninguna otra parte este carácter de nuestra civilización. Allí existen desde el principio variedad de elementos que combaten y ordenadamente van organizándose y ocupando su verdadero lugar. Merced á esto, presenta formas tan variadas y tan ricas su política. Para conocer bien la Constitución inglesa es preciso remontarse por lo menos al momento que sigue inmediatamente á la invasión de los bárbaros. Con la conquista da comienzo una nueva sociedad. En Inglaterra acontece una cosa parecida á la que en España tuvo lugar con los visigodos y en Italia con los ostrogodos y los hérulos. Mas en Inglaterra no existe como en Europa la idea antigua, la idea de la pasada civilización que sobrenada en el desorden y la confusión, y tiende nuevamente á componerse. Allí se constituye con mayor unidad y fortaleza una sociedad y una monarquía que no se forman por el modelo de las antiguas, sino comprendiendo dentro de sí varios elementos que afirman y sostienen su derecho. Hallamos autoridades que tienen cierta independencia; hallamos asambleas de hombres libres que señalan la existencia de la representación popular, y hallamos por lo mismo una monarquía que no es absoluta, sino templada y limitada. Esta situación que trajo consigo la conquista anglo-sajona es la base de toda la historia de Inglaterra. Sobreviene más tarde el gran hecho de la conquista normanda, la cual da por resultado la unificación mayor del Estado inglés y el fortalecimiento de la monarquía. Es un verdadero movimiento de concentración; pero estos benéficos resultados quedaron debilitados un tanto con la pérdida de la Normandía.

El primer Código escrito que en Inglaterra aparece es la Carta-Magna, el cual, al decir de los mismos historiadores ingleses, no significaba más que una sanción solemne é indeleble de las prácticas del buen rey Eduardo. Para aquellas gentes no era, pues, la Carta-Magna cosa nueva, sino la consignación escrita de los antiguos privilegios, que en adelante debían abstenerse de violar los sucesores de Juan Sintierra. No es un Código fundamental á la manera de los nuestros. No se habla en él de libertades y derechos fundados en la razón, sino de garantías para los derechos individuales que por tradición les pertenecían. Esta carta, en fin, redactada en el siglo XIII y consagrada por un pacto solemne entre el rey y sus vasallos, es el fundamento de la Constitución inglesa. Bien puede decirse que este Código ha estado siempre vigente en Inglaterra, pues si alguna vez ha sido violado, no tardaron en restablecerse sus principios.—En tiempo de Simon de Monfort tiene lugar una reforma muy importante con la creación de los caballeros y la entrada en el Parlamento de los represen-

tantes de los burgos. Trascurren despues los tiempos de la Edad Media, sin que nada acontezca más que luchas constantes y parciales contra los distintos elementos que constituían aquel organismo político.

Haciendo despues el orador algunas consideraciones generales sobre estos hechos, afirma que el segundo momento de la Edad Media se caracteriza por el mayor vigor que toma el poder real. Hace despues la apología de la institucion monárquica, que elevándose, en su concepto, sobre los intereses particulares, mantiene la unidad en los Estados.

A fines del siglo XV ó principios del XVI, quedan completamente formadas las sociedades europeas bajo el predominio de la Monarquía. Este predominio era fácil que enjendrarse el despotismo, y esto sucedió en la Europa latina. Mas en Inglaterra no se verificó este hecho, porque la Monarquía no logró borrar las antiguas y tradicionales libertades.

Aparece en esta época la gran heregía del protestantismo. Decía aquí noches pasadas el Sr. Figue-rola, con gran sorpresa mia, que Inglaterra debía su libertad al rompimiento con Roma. Y digo que me ha maravillado, porque la libertad no puede salir jamás de una doctrina metafísica tan absurda como la del protestantismo. Esto no es decir que el protestantismo, al afirmar la individualidad, no coincida con el principio liberal; pero bien saben todos que despues vendió su libertad por el poder y la dominacion. El protestantismo representa, es cierto, un principio revolucionario (me refiero únicamente al protestantismo liberal), pero da por resultado el aumento del poder real, concediendo al rey el señorío temporal y el espiritual. Despues de los Tudors vienen los Estuardos, reyes más pedantes que ilustrados y poco dados á la direccion de los asuntos públicos. Esto no obstante, tratan de implantar el despotismo en Inglaterra de un modo sistemático. Ya se sabe cómo la revolucion de 1641 hizo fracasar estos intentos de un modo desdichado para la libertad; pues á pesar de las afirmaciones contrarias del señor Moret, juzga el orador que la libertad no le debe nada á Cronwell.

La Constitucion inglesa, merced á esta lucha constante de elementos que se agitan y viven en su

seno contrapesándose mutuamente y no consintiendo ninguna imposicion, se va desarrollando, concediendo mayor amplitud á las libertades populares y permitiendo que cada dia influya el pueblo más poderosamente, aunque por medios suaves, en la direccion de la cosa pública.

Madrid 21 Diciembre 1876.

MISCELÁNEA.

Telégrafo trans-africano.

Se ha concebido el proyecto de establecer una línea telegráfica hasta el cabo de Buena Esperanza, á través de todo el continente africano. Actualmente existe una comunicacion telegráfica entre Alejandria y Kartum, ó sea 1.769 kilómetros, y se han hecho estudios para prolongar esta línea hasta Gondo-Koro. De Kartum á la bahía de Delagoa, donde terminan al Norte las líneas del Sur de Africa, hay cerca de 3.000 kilómetros, camino más corto que el de las líneas existentes en los otros tres continentes. La línea telegráfica pasaría por el Sur de los lagos Victoria, Nyanza y Tangayika, y desde allí, siguiendo el curso de los rios Shiré y Zambese, iría hasta el mar, uniéndose, por medio de una corta línea oceánica, á la bahía de Delagoa ó puerto Natal. Un ramal iría de Ujiji á Zanzibar. Créese que de los 2.500 kilómetros próximamente de línea telegráfica aérea, una gran parte se podría establecer, sin gastos de postes, sirviéndose de los árboles en las comarcas cubiertas de espesas selvas tan frecuentes en el Africa tropical. La dificultad consistiría en impedir á los indígenas que se apoderasen de los alambres, que son muy apreciados en aquellas comarcas en que el hierro es muy escaso; pero esta dificultad no es insuperable. La empresa, si puede llegar á feliz término, sería muy lucrativa y contribuiría notablemente á abrir el Africa al comercio y á la civilizacion.—(Iron.)

FIN DEL TOMO OCTAVO.